VISIONES EN EL MOMENTO DE LA MUERTE
William Barret
VISIONES EN EL MOMENTO DE LA MUERTE
William Barret
CURSO ESPIRITA . COM

VISIONES EN EL MOMENTO DE LA MUERTE

WILLIAM BARRETT

PROFESOR DE FÍSICA EXPERIMENTAL DE LA UNIVERSIDAD DE DUBLÍN

Traducción del inglés por Manuel Pumerega

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 4

PREFACIO DEL EDITOR 6

CAPÍTULO PRIMERO 10

CAPÍTULO II 18

CAPÍTULO III 34

CAPÍTULO IV 83

CAPÍTULO V 97

PRESENTACIÓN

Sir William está considerado como uno de los investigadores más prestigiosos dentro de los fenómenos paranormales. Sus trabajos y observaciones, realizadas con objetividad y sentido crítico, le llevaron a afirmar públicamente su adhesión al Espiritismo como ciencia experimental que demuestra la supervivencia del alma y la posibilidad de comunicación entre los mundos visible e invisible.

Barrett fue un hombre de grandes inquietudes, sistemático y meticuloso. Nació en 1845 y murió a la edad de 81 años (1926). Eminente físico, catedrático en la Universidad de Dublín, contribuyó con sus investigaciones en física a un logro de la humanidad tan esencial y que nos es tan familiar como es el teléfono.

A los 18 años ya empezó a investigar experiencias psíquicas, y a los 31 (1876), presentó a la "British Association for the Advancement of Science" su trabajo sobre Algunos *fenómenos asociados a estados mentales anormales*, en el que relacionó sus experimentos telepáticos y atestiguó haber oído, cerca del lecho de un enfermo, sonidos y golpes inexplicable.

Comprometido con sus convicciones, el 6 de enero de 1882 convocó una reunión de eminentes personas para estudiar la fundación de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, la cual se fundó el 20 de febrero.

Los primeros trabajos de la Sociedad estuvieron

dedicados a la investigación experimental de la transmisión de pensamiento y clarividencia, materia a la que William Barrett había consagrado gran parte de sus investigaciones junto a los fenómenos de aparición, realizando valiosos estudios recogidos en sus obras: *En el Umbral de lo Invisible y Visiones en el momento de la muerte.*

En esta última obra que tenemos la satisfacción de presentar, el autor empezó a recopilar experiencias de pacientes en estado terminal, que manifestaban tener visiones tanto de personas vivas como fallecidas, algunas de ellas verificadas por los asistentes.

Por todo ello, es una obra recomendable y atrayente, dada su concreción en el tema, que aporta muy valiosos datos sobre la veracidad de la sobrevivencia del alma después de la muerte.

Nos consta, sin duda, la necesidad de resaltar la labor del primer editor, que recopiló extraordinariamente los casos, ordenándolos y dándoles un cuerpo estructurado. La lectura del "Prefacio del Editor", de M. Aguilar, es pues imprescindible, el cual transcribimos íntegramente dada su importancia, ya que es una aportación histórica debido a la contemporaneidad de la edición, pues la obra de Barrett es inacabada, por haber fallecido el autor en 1926, dejando tan sólo el bosquejo del libro.

Cristóbal Fernández

PREFACIO DEL EDITOR

Este libro se ofrece al público en estado imperfecto. Se verá que en la introducción el autor no ha hecho más que bosquejar a grandes rasgos el estudio que hubiera llevado a cabo, y hasta este bosquejo es incompleto.

El editor prefiere, no obstante, dejar intactos tanto la introducción como el examen de los casos, en la creencia de que, obrando de este modo, se recogerá con más exactitud el pensamiento del autor que si alguna otra mano hubiera llevado a cabo algún arreglo. Es evidente que el bosquejo está sin terminar, pues en los libros a que se hace referencia, el autor había señalado diversos pasajes para su examen, especialmente en el libro recientemente publicado del profesor *Bozzano, Phénoménes Psychiques au moment de la mort,* traducido del italiano al francés por C. de Vesme.

Al autor le interesaba especialmente la observación de Bozzano de que, si los fenómenos eran causados por los pensamientos de la persona moribunda al ser dirigidos a los seres queridos, cabría esperar que las apariciones representaran personas vivas, con tanta frecuencia, al menos, como personas fallecidas que han abandonado este mundo mucho tiempo atrás, cuando lo cierto era que no se recordaba ningún caso de una persona moribunda que hubiera tenido junto a su lecho visiones de amigos vivos.

El autor hubiera querido pedir a los que creen que las visiones son el producto de deseos o pensamientos intensos, que reunieran pruebas en apoyo de su teoría, demostrando que el deseo de ver a amigos vivos puede

producir la aparición de éstos junto al lecho *en momentos de plena conciencia.*

Existen, sin duda, casos de la llamada clarividencia a (véase el capítulo IV), en los que las personas moribundas, tras un período de trance o inconsciencia, dicen que han visto parientes vivos y distantes y se han dado casos en los que al pariente distante se le ha aparecido, a su vez, la imagen de la persona moribunda, tomándola, general mente, por una aparición real. Este es, evidentemente, un fenómeno muy distinto.

Otro punto que el autor había examinado con sus amigos era que en los casos de la aparición de fantasmas de personas vivas, reunidos por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas la imagen proyectada en visión ha sido, por lo común, la de la persona que pensaba, no la de aquélla en quien se pensaba. Siguiendo esta analogía, cuando un moribundo ve el fantasma de una persona ya fallecida, la iniciativa tendría que partir del pensamiento de la última, con lo cual quedaría demostrada su supervivencia

Al autor le impresionaba considerablemente un hecho nada insólito que se advierte en la agonía de niños pequeños, y que consiste en que éstos describen la visión en términos que no están en consonancia con ideas derivadas de su educación religiosa. El autor creía que en tales circunstancias, difícilmente podría atribuirse la alucinación a un mero vuelo de la fantasía.

Al ordenar los grupos de casos, el autor colocó en primer lugar los relativos a la aparición de una persona fallecida cuando el moribundo que la percibía ignoraba su

muerte. Un caso reciente y notable fue el de los Sres. B, que es el primero que se relata en el capítulo II. El autor reconocía que cuando la muerte del aparecido era conocida por alguno de los presentes, cabría intentar recurrir a la telepatía para explicar el incidente, pero sostenía que esta explicación no serviría para los casos narrados en ese capítulo, en los que tanto el moribundo como los asistentes ignoraban la muerte.

El autor había consagrado a este problema tiempo y reflexiones considerables y aspiraba a que los grupos de casos fueran todo lo completos y significativos posible antes de su publicación. Esto, sin embargo, no pudo ser, pues, en medio de su activo trabajo, el autor pasó de súbito a "ese mundo poco conocido", hacia el que con tanta frecuencia había volado su pensamiento.

El autor deseaba probar que, incluso personas que se han mostrado escépticas durante toda su vida acerca de la supervivencia después de la muerte, han dado nuestras de que en sus últimos momentos comprendían que había otra vida.

Por lo tanto, el autor no ha escogido solamente casos de visiones percibidas por personas que creían en la supervivencia del alma o por quienes poseían facultades psíquicas especiales, sino que también de visiones percibidas por personas que no creían en la vida futura. (Véanse los casos señalados al final del capítulo III.)

Presentó cada caso lealmente, sin ocultar los puntos débiles del trasfondo, y dejó que el lector considerara hasta qué punto puede recurrirse a la telepatía o a alguna otra

explicación mental para justificar los casos. Él esperaba que los críticos imparciales se dieran cuenta de que tales explicaciones implicarían un vuelo o elevación del alma incompatibles con los lazo materiales de la vida.

Es de esperar que este pequeño libro, aunque dista mucho de ser lo que el autor se proponía, llevara a cabo sus designios hasta cierto punto, y dirigirá la atención en nuestro país a unos fenómenos que, a su juicio, merecían ser mejor estudiados de lo que lo han sido.

El editor reconoce con gratitud la ayuda prestada por el Sr. Trethewy en su escrupulosa lectura del manuscrito, en la preparación del índice y en numerosas y valiosas sugestiones.

La Editora, Abril 1926

CAPÍTULO PRIMERO

Introducción

Sabido es que existen muchos casos notables en los que una persona moribunda, poco antes de abandonar la tierra, cree ver y reconocer algún pariente o amigo difunto. Sin embargo, hay que tener presente que las alucinaciones de los moribundos son muy frecuentes. No obstante, se han dado casos en que la persona moribunda ignoraba la muerte previa de la persona cuya imagen ve, y, por lo tanto, se asombra de hallar en la visión de su difunto pariente a una persona a quien el moribundo juzga todavía en la tierra. Estos casos constituyen, quizás, uno de los argumentos más convincentes en apoyo de la supervivencia, ya que el valor demostrativo y el carácter verídico de estas visiones de los moribundos se acrecientan considerablemente cuando se establece, de modo indiscutible, el hecho de que la persona moribunda ignoraba por completo el fallecimiento de la persona a quien ve tan vívidamente.

Refiriéndose a estas visiones, el profesor Richet, ese eminente fisiólogo de renombre europeo, escribe lo siguiente:

"Los hechos de esta índole son de gran importancia. Resultan mucho más explicables según la teoría espiritista que por la hipótesis de la mera criptestesia. De todos los hechos admitidos para probar la supervivencia, éstos son, a mi parecer, los más desconcertantes (esto es desde el punto de vista materialista). Por consiguiente, he juzgado un deber mencionarlos con toda escrupulosidad."

Como es sabido, el profesor Richet no cree en la existencia del alma o supervivencia después de la muerte, y explica las demostraciones que ha dado la investigación psíquica de la existencia de un mundo espiritual, mediante su teoría de la *criptestesia,* por la que entiende la percepción de cosas o seres por medio de algún órgano sensorial hasta ahora ignorado por la ciencia, facultad que no todo el mundo posee, pero cuya existencia, en determinados individuos, ha quedado establecida, a juicio mío, de modo concluyente. Estas personas sensitivas pueden encontrarse en todos los países y en ambos sexos, y pueden ser viejas o jóvenes, ricas o pobres, instruidas o ignorantes. Esta facultad de clarividencia _esta percepción de personas o cosas invisibles a la vista normal_ puede manifestarse cuando la persona sensitiva se encuentra en estado consciente, pero se observa más a menudo en estado de trance, especialmente cuando éste es originado por una profunda hipnosis, o "trance mesmeriano", como se le solía llamar.

Los antiguos mesmerianos empleaban la palabra "lucidez" o "clarividencia a distancia" para designar la percepción de cosas distintas. El término clarividencia es, sin embargo, ambiguo, pues ahora se emplea en dos sentidos diferentes, a saber:

a) Para designar la percepción de objetos *materiales* ocultos y alejados de la persona sensitiva, tales como agua subterránea.

b) Para designar la percepción por parte de la persona sensitiva de objetos *inmateriales*, tales como las apariciones de personas difuntas.

Para evitar esta confusión, Myers sugirió el término "telestesia" en lugar del de clarividencia para designar la percepción de cosas materiales. Myers define la telestesia como la sensación o percepción de objetos o condiciones independientemente de los conductos sensoriales reconocidos e independientemente, también, de toda posible comunicación telepática como origen del conocimiento obtenido de ese modo. De aquí que el término telestesia sería inaplicable a las apariciones de los muertos o a las visiones de los moribundos, mientras que Richet incluiría ambos fenómenos, así como la visión de cosas materiales ocultas, bajo su término "criptestesia", que parece tener la misma connotación que la palabra familiar "clarividencia" y ofrece, por lo tanto, análoga ambigüedad.

Se han sugerido otros términos para designar la clarividencia. En Norteamérica, el Sr. Henry Holt emplea la palabra "telopsis", y el Dr. Heysinger la palabra "telecognosis", pero estos términos difícilmente podrían aplicarse a las apariciones o visiones de los moribundos, que surgen cerca del individuo sensitivo, no lejos de él.

En su obra *Peak in Darien,* la Srta. Cobbe hace algunas observaciones interesantes sobre la cuestión de las visiones de los moribundos. Dice así:

"El moribundo yace tranquilo cuando, de pronto, en el mismo momento de expirar, alza la vista -a veces se incorpora en el lecho-y se queda mirando fijamente en el vacío (o lo que tal parece) con una expresión de perplejidad, que unas veces se transforma instantáneamente en alegría, y otras acorta la primera sensación de un asombro y un terror solemnes. Si el moribundo fuera a percibir una visión

totalmente inesperada, pero instantáneamente reconocida, que le causara una gran sorpresa o una exultante alegría, su rostro no podría revelar mejor el hecho. En el mismo instante en que se produce este fenómeno tiene lugar la muerte, y los ojos se vidrian, sin dejar de contemplar el espectáculo ignorado."

Por lo que respecta al problema general de las visiones de los moribundos, el Sr. Myers ha hecho algunas observaciones interesantes en su obra *Phantasms of the Living.* Myers dice que, a su juicio, este fenómeno - "seguramente debe tener lugar a menudo, aunque rara vez puede registrarse". Pues aquí nos encontramos con un relato parcial de un incidente recíproco que, por completo para el conocimiento: me refiero a la percepción supranormal que tiene un hombre en el mismo instante de la muerte, mientras que no se ha registrado ningún caso en que las personas a quienes el moribundo parecía hacer su visita correspondiente *(Phantasms of the Living, vol. 11, pág. 305).*

Sin embargo, se han registrado diversos casos en que la visión de los ausentes ha sido compartida por los amigos del moribundo que se hallaban a su cabecera. En otro capítulo se presentaran casos de estos.

Al considerar el valor de las demostraciones de los fenómenos supranormales hay que tener en cuenta la importancia del carácter acumulativo de la evidencia. La espontánea coincidencia de testigos entre los que no ha existido relación alguna, es lo que constituye su valor tomados en conjunto, mientras que un solo caso puede ser dudoso o refutado, del mismo modo que una sola vara

puede romperse fácilmente, pero un haz desafiará cuantos intentos hagamos por quebrarlo.

Sobre este punto, el arzobispo Whately ha hecho algunas observaciones admirables sobre el valor del testimonio. He aquí sus palabras: "Es evidente que cuando coinciden muchos en un testimonio (para el que no pueda haber existido ningún acuerdo previo) la verosimilitud derivada de semejante coincidencia no descansa en la supuesta veracidad de cada individuo considerado separadamente, sino en lo inverosímil que sería que semejante coincidencia se debiera a la casualidad. Pues aunque en este caso habría que creer que ninguno de los testigos era digno de crédito y hasta que era más probable que mintieran que el que dijeran verdad, aun así y todo habría infinitas probabilidades en contra de la posibilidad de que todos hubieran coincidido en la misma falsedad." (Véase la Retórica de Whately, cap. V.)

Hace unos cincuenta años el Rvdo. J.S. Pollock, erudito beneficiado de una iglesia de Birmingham, publicó una colección de casos de fenómenos supranormales bajo el curioso título de *Muertos y ausentes.* Aunque se citan unos quinientos casos, tomados de diversas fuentes, no se ha intentado investigar ni un solo caso, por lo que el libro, en conjunto, tiene escaso valor demostrativo.

Aquí cabe citar algunas observaciones sugestivas que hizo el Sr. Henry Sidgwick poco tiempo después de fundarse la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Éstas se publicaron en los Proceedings de 1885, pág. 69.

La mayor parte de aquellos a quienes van dirigidas

estas páginas pertenecen seguramente a alguna secta cristiana, y para ellos la continuación de la existencia del alma después de la muerte no es, por supuesto, una teoría nueva inventada para explicar los fenómenos que estamos examinando o que requiere el apoyo de estos fenómenos. Pero poco serán los que encuentren difícil coincidir conmigo en los siguientes puntos:

1.°-Que la posibilidad de recibir visiones o comunicaciones no se sigue como una consecuencia necesaria de la inmortalidad del alma.

2.°-Que si la comunicación que podría llamarse objetiva, es decir, distinguible de nuestros pensamientos y emociones, pueden llevarla a cabo todos los difuntos que lo deseen, cabe esperar, naturalmente, que se produzca con más frecuencia de lo que el más entusiasta puede suponer que se produce.

3.- Que su posibilidad, aunque no está en contradicción con ninguno de los hechos conocidos de la ciencia física, no está, por cierto, apoyada, ni en modo alguno sugerida, por ninguno de estos hechos. Por consiguiente, por mucho que podamos creer en la supervivencia de los muertos, no podemos considerar la suposición de su acción sobre la mente de los vivos como si se tratase simplemente de la referencia de un efecto a una vera causa conocida que fuera adecuada para producirlo. Debemos tratarla como trataríamos -en cualquier departamento de investigación física- la hipótesis de un agente completamente nuevo, de cuya existencia no tenemos prueba alguna, salvo los fenómenos que se presentan a explicación. De ser así, se reconocerá, creo yo, que violaremos una regla establecida

del método científico si presentamos semejante hipótesis, a no ser en último recurso, cuando los demás modos de explicación parecen fracasar claramente.

En qué punto exacto de inverosimilitud ha de considerarse establecido el fracaso de las demás explicaciones: yo no creo que pueda determinarse, o, al menos yo me creo incapaz de ello. Pero quizá pueda decir que, a mi juicio, es éste un punto que difícilmente puede alcanzarse cuando se trata de la narración de un solo acontecimiento considerado en sí. Si tuviéramos que enfrentarnos únicamente con una sola historia de aparecidos, apenas podría concebir el género o importancia de las pruebas que me inducirían a mí a preferir la hipótesis de la actuación de los espectros a todas las demás explicaciones posibles. Por lo tanto, la existencia de los fantasmas de los muertos sólo puede establecerse, de poder ser, por el cúmulo de las inverosimilitudes en que nos vemos envueltos al rechazar una gran masa de testimonios aparentemente vigorosos de hechos que, como se ha dicho, no parecerían admitir ninguna otra explicación satisfactoria, y al poner a prueba el valor de este testimonio estamos obligados, a mi juicio, a forzar hasta el máximo todas las posibles suposiciones de causas reconocidas antes de que podamos creer que el relato en cuestión prueba la actuación de este nuevo agente.

Por otra parte, todas las sociedades científicas deben tener como lema la opinión expresada por Sir John Herschel en su discurso sobre La filosofía natural (pág. 127), de que "el observador perfecto... ha de tener abiertos los ojos para poder descubrir inmediatamente todo fenómeno que, con arreglo a las teorías recibidas, no debe acontecer, pues éstos

son los hechos que sirven de indicios para nuevos descubrimientos". Por desgracia, como hizo notar Goethe en una de sus conversaciones con Eckermann, "cuando en las ciencias alguien sugiere algo nuevo... las gentes se oponen con todas sus fuerzas; se habla con desprecio de la nueva opinión como si no valiera la pena de considerarla o estudiarla, y por eso una nueva verdad necesita esperar largo tiempo hasta que puede abrirse camino".

CAPÍTULO II

Visiones de personas cuya muerte ignoraban los moribundos que las veían

La evidencia de las visiones de los moribundos cuando éstos creen ver y reconocer algún pariente cuya muerte desconocían, facilita quizás uno de los argumentos más sólidos en favor de la supervivencia. El mismo profesor. Richet cree que es imposible explicar este fenómeno por la criptestesia. Yo he presentado algunos casos notables de estas visiones de los moribundos en mi libro En el umbral de lo invisible, y pueden encontrarse otros en los Proceedings de nuestra Sociedad.

Un caso reciente de esta índole me fue relatado por la Srta. Barrett, caso que es produjo cuando ésta se hallaba asistiendo a una paciente en la Casa de Maternidad de Clapton, en la que es uno de sus cirujanos obstétricos.

La Srta. Barrett recibió un aviso urgente de la Dra. Phillips, médico permanente de la Casa, para que fuera a asistir a una paciente, la Sra. B., que estaba de parto y sufría una grave debilidad cardíaca. La Srta. Barrett acudió en el acto, y el niño nació sano y salvo, aunque la madre se hallaba en período de agonía. Después de visitar a otras pacientes, la Srta. Barrett volvió al departamento de la Sra.

B., en donde tuvo lugar la siguiente conversación, que fue escrita poco después. Dice la Srta. Barrett:

Cuando entré en su departamento la Sra. B. me tendió las manos diciendo:

-Gracias, muchas gracias por lo que ha hecho usted por mi para que diera a luz. ¿Es niño o niña?

Luego, volviéndose de nuevo hacia la visión, añadió:

-No me deje, no se vaya, por favor.

Y a los pocos minutos, mientras el cirujano de la casa ponía en práctica algunas medidas para reanimarla, ella se quedó mirando hacia la parte vacía de la estancia, que estaba brillantemente iluminada, y dijo:

-¡Oh! No dejen que oscurezca. Está oscureciendo... Cada vez se pone más oscuro. Entonces se mandó llamar a su marido y a su madre. Súbitamente, la Sra. B. se quedó mirando con ansiedad hacia un punto de la estancia, mientras una sonrisa radiante iluminaba toda su fisonomía.

-¡Oh, qué hermoso, qué hermoso! -dijo.

-¿Qué es lo que es hermoso? -pregunté yo.

-Lo que estoy viendo -repuso ella en voz baja e intensa.
-¿Qué ve usted?

-Un resplandor sublime... seres maravillosos.

Difícil es describir la sensación de realidad que daba su intensa absorción en la visión. Luego -como si concentrara un momento su atención con más intensidad en un solo punto exclamó lanzando casi un grito de alegría:

¡Cómo! ¡Si es mi padre! ¡Oh, cuánto se alegra de que vaya! ¡Cuánto se alegra! Para ser perfecto sólo bastaría que w. (su marido) pudiera venir también.

Entonces se le llevó el niño para que lo viera. Ella lo miro con interés y luego dijo:

-¿Creen ustedes que debo quedarme por amor al niño? Luego, volviéndose de nuevo hacia la visión, añadió:

-No puedo, no puedo quedarme. Si ustedes pudieran ver lo que yo, sabrían que no puedo quedarme.

Pero se volvió a su marido, que ya había llegado, y dijo:

-No dejarás que se lleve el niño nadie que no lo quiera, ¿verdad? Luego lo apartó suavemente, diciendo:

-Déjame ver el bello resplandor.

Yo me fui poco después y la comadrona me sustituyó a la cabecera. La Sra. B. vivió aún una hora y pareció conservar hasta el último momento la doble conciencia de las brillantes imágenes que veía y de las personas que la asistían a la cabecera. Por ejemplo: convino con la directora que su niño prematuro permaneciera en la Casa hasta que fuera lo bastante fuerte para poderlo criar en un hogar.

Florencia E. Barreto

La Dra. Phillips, que se halló presente, después de leer las anteriores notas me escribe diciéndome que "coincide en absoluto con el relato de la Srta. Barrett".

La prueba más importante, sin embargo, es la facilitada

por la directora del hospital, que ha enviado el siguiente relato:

Yo me hallé presente poco antes de que muriera la Sra. B. en unión de su esposo y su madre. Su esposo estaba hablándole inclinado sobre ella, cuando la Sra. B. le apartó[1] diciendo: "¡Oh, no lo tapes! Es muy hermoso." Luego, volviéndose hacia mí, que me encontraba al otro lado de la cama, añadió: "¡Oh! ¿Cómo está ahí Vida?", refiriéndose a una hermana suya de cuya muerte, ocurrida tres semanas antes, no se le había hablado. Posteriormente, la madre, que se halló presente a esto, me dijo, como ya he indicado, que Vida era el nombre de una hermana de la Sra. B., cuya enfermedad y muerte ignoraba ésta por completo, ya que ellos habían cuidado de que no supiera la noticia a causa de la gravedad de su estado.

Mirian Castle. Directora

Yo pedí a la Dra. Phillips que tratara de conseguir un relato independiente de la madre de la Sra. B., que, según manifestó la directora, se hallaba presente en aquel momento.

Amablemente se me complació en esto, y he recibido la interesante e informativa carta que sigue de la Sra. Clark (la madre de la Sra. B.):

Highbury, N. 5.He sabido que le interesa a usted el bello tránsito del espíritu de mi querida hija, que abandonó

---

[1] *Este no es el incidente mencionado por la Sra. Barrett, sino un incidente posterior de la misma índole.*

la tierra el 12 de enero de 1924.

Lo que hay en él de maravilloso es la historia de la muerte de mi querida hija Vida, que había estado inválida durante algunos años. La muerte aconteció el 25 de diciembre de 1923, dos semanas y cuatro días antes de que muriera Doris, su hermana menor. Mi hija Doris, la Sra. B., se hallaba entonces muy enferma, y la directora de la Casa de Maternidad pensó que no era prudente que la Sra. B. se enterara de la muerte de su hermana. Por lo tanto, cuando íbamos a visitarla prescindíamos de nuestra pesadumbre y la visitábamos como de costumbre. Asimismo, se rogó que se retuvieran sus cartas para que su marido viera de quién eran antes de dejar que ella las viera. Se tomó esta precaución por temor a que alguna amiga de fuera aludiera al escribirle a su reciente desgracia, ignorando el gravísimo estado de su salud. Cuando mi querida hija empezó a decaer rápidamente, dijo primeramente: "Todo se oscurece. No puedo ver." A los pocos segundos, un bello resplandor iluminó su fisonomía. Ahora sé que aquello era la luz del cielo, y causaba maravilla contemplarlo. Mi querida hija dijo: "¡Oh, es hermoso y brillante! Ustedes no pueden verlo como yo." Fijó la vista en un punto particular de la estancia y dijo: "¡Oh, Señor, perdóname cuanto haya hecho mal!" Después de esto añadió: "Veo a mi padre. Me necesita. Está muy solo." Habló a su padre, diciendo: "Ya voy", a la vez que se volvía a mirarme a mí, diciendo: "¡Oh, qué cerca está!" Volviendo a mirar al mismo sitio, dijo con expresión un tanto intrigada: "Vida está con él", y se volvió a mí repitiendo: "Está Vida con él." Luego añadió: "Tú me necesitas, papá. Ya voy." Luego prorrumpió en algunas palabras entrecortadas o suspiros que no eran muy precisos ni claros. Con gran dificultad, y tras un penoso esfuerzo, pidió ver "al hombre

que nos casó". Este ruego se lo hizo a su marido, que se hallaba al otro lado de la cama. Ella no pudo decir el nombre pero se refería al Reverendo Mauricio Davis, de All Saints, Haggerston, al que se mandó llamar[2] Éste conocía a mi querida hija desde hacía algunos años, y le impresionó tanto su visión, que la citó en su Boletín Parroquial del último mes de febrero.

Suya afectísima,
Mary C. Clark

Antes de pasar a otros casos es conveniente examinar algo en detalle el precedente. La visión percibida por la moribunda Sra. B. no era debida evidentemente a su sentido visual normal, pues de ser así todos los presentes hubieran visto las imágenes. Por lo tanto, la aparición no era producida por ningún objeto material, ni tampoco es probable que fuera debida a una ilusión, esto es, a la confusión de un objeto material realmente visible -como cuando se toma una bata por una mujer-, pues no sólo no había nada en la estancia que pudiera sugerir semejante ilusión, sino que la Sra. B. reconoció a su padre y a su hermana, además de que ignoraba la muerte de esta última. Una explicación más probable es la de que fuera una alucinación, que podría describirse como "una percepción sensorial que no tiene contrapartida alguna en el campo de la visión". La cuestión se convierte, pues, en si fue simplemente una alucinación ilusoria, que es aquella que no corresponde con nada, o una alucinación verídica, que es la

[2] *Éste fue; pero cuando llegó, la Sra. B. ya no podía hablar, aunque todavía vivía.*

que corresponde con un acontecimiento real, que era invisible a la vista normal. No debe confundirse esto con una ilusión, nombre que se aplica a los casos en que no existe una realidad correspondiente. Se han dado muchos casos conocidos de ilusiones visuales vívidas que acompañan a veces al despertar de un sueño, como cuando una imagen soñada persiste durante breve rato o cuando ciertas personas ven vívidamente rostros en la oscuridad; estas ilusiones se llaman hipnagógicas. Las impresiones exteriorizadas de este género son el origen frecuente de apariciones imaginarias, tales como las que creen ver las personas nerviosas cuando pasean por la noche por lugares solitarios. Muchos de mis lectores creerán que esta sencilla explicación es aplicable a la visión que acabamos de relatar, despachando toda la cuestión diciendo que se trata de una simple coincidencia. Si este caso fuera único, tal sería la explicación probable. Sin embargo, se verá que no puede atribuirse a una simple coincidencia los numerosos casos que han de relatarse. Otra explicación es la creación de la alucinación en el perceptor por una transmisión del pensamiento o influencia telepática de los que se encuentran en torno suyo. En el caso descrito, sin embargo, no es aplicable esta explicación, pues la Srta. Barrett y la Dra. Phillips no sabían nada acerca de la muerte del padre de la moribunda cuando ésta, mirando fijamente a un punto, dijo: "¡Cómo! ¡Si es mi padre! ¡Cuánto se alegra de que vaya!" Y su marido tampoco se hallaba presente en aquel momento. Por otra parte, es posible que el lector escéptico niegue la existencia de la telepatía y rechace toda explicación basada en tal fundamento.

El siguiente caso se me ha comunicado desde Norteamérica, y de su autenticidad es garantía el prestigio

de un hombre distinguido, el Dr. Minot J. Savage, con el que yo estaba relacionado. El Dr. Minot Savage fue durante muchos años valioso miembro de nuestra

S.P.R. y falleció en 1920. El Dr. Hyslop[3] ha relatado el siguiente caso en su libro Psychical Research and the Resurrection (Boston, U.S.A., 1908, pág. 88), y destaca: "El Dr. Savage me dio a conocer personalmente los hechos y me dio los nombres y direcciones de las personas en cuya autoridad se basa para contar los incidentes", que el Dr. Savage narra como sigue:

En una ciudad vecina vivían dos niñas llamadas Jennie y Edith, una de las cuales tenía unos ocho años de edad, y la otra poco más. Eran condiscípulas e íntimas amigas. En junio de 1889 ambas cayeron enfermas de difteria. El miércoles a mediodía murió Jennie. Entonces los padres de Edith, así como su médico, pusieron gran cuidado en ocultarle el hecho de que su amiguita se había ido para siempre.

[3] Como a algunos de mis lectores puede que no les sea familiar el nombre del Dr. Hyslop, haré constar que éste fue durante algunos años profesor de Ética y Lógica en la Universidad de Columbia (Nueva York). Estudió algunos años en Alemania, donde se doctoró en Filosofía, y era también doctoren leyes. Al principio fue un crítico escéptico y severo de las investigaciones psíquicas, pero después se convenció de la importancia del problema y abandonó su cátedra universitaria y todos sus emolumentos para consagrar el resto de su vida a la investigación de los fenómenos psíquicos. Desplegó un celo, una energía y una penetración considerables, y de hecho sacrificó su vida al incesante trabajo que implicaban sus deberes de tesorero, secretario honorario e investigador de la S.P.R. norteamericana. Su producción literaria fue enorme; parecía vivir, moverse y tener todo su ser en la investigación psíquica, con exclusión de casi toda otra cuestión. Pasó algún tiempo conmigo en Irlanda y dio una documentada conferencia en la Sección de Dublín recientemente fundada de la S.P.R. Murió en 1920.

Temían el efecto que podría causarle la noticia a su propia salud. Para demostrar que consiguieron su propósito y que ella no sabía nada, puede decirse que el sábado 8 de junio al mediodía, y poco antes de que dejara de tener conocimiento de cuanto pasaba en torno suyo, cogió dos fotografías suyas para enviárselas a Jennie, y dijo también a los que la asistían que la despidieran de ella.

Edith murió a las seis y media de la tarde del sábado 8 de junio. Se había despertado y despedido de sus amigas y se puso a hablar de la muerte sin aparentar miedo. Creyó ver a una y otra de cuantas amigas suyas habían fallecido a sabiendas de ella. Hasta aquí era lo mismo que otros casos similares. Más de pronto, y con una expresión de suma sorpresa, se volvió a su padre y exclamó: "¡Anda, papá, voy a llevarme a Jennie conmigo!" Luego añadió: "¡Oh, papá! ¡No me habías dicho que Jennie estaba aquí!" E inmediatamente tendió los brazos como en una acogida y exclamó: "¡Oh, Jennie, cuánto me alegro de que estés aquí!"

En relación con este caso, el Dr. Savage hace notar que es difícil explicar el incidente por ninguna teoría ordinaria de las alucinaciones. Si esta visión fuera un caso aislado, quizá pudiera explicarse por una mera coincidencia casual; pero como forma parte de un considerable grupo de casos análogos, resulta increíble la explicación de que fuera una coincidencia debida al azar. Mis lectores coincidirán sin duda con la observación del Dr. Savage a medida que lean los demás casos narrados en este volumen.

El siguiente caso fue descrito en un trabajo de contribución a la S.P.R., escrito por el Sr. Edmund Guruey y el Sr. F.W.H. Myers (Proceedings, S.P.R., vol. V, pág. 459).

Éstos lo conocieron a través del Reverendo C.J. Taylor. El narrador, que no quiere que se publique su nombre, fue el Vicario de H.:

Los días 2 y 3 de noviembre de 1870 perdí a mis dos hijos mayores, David Eduardo y Harry, que tenían 3 y 4 años de edad, respectivamente, víctimas de la escarlatina.

Harry murió el 2 de noviembre en Abbot's Langley, a catorce millas de mi vicaría en Aspley, y David murió al día siguiente en este último lugar. Una hora antes de morir David se sentó en el lecho, y señalando al pie de la cama dijo distintamente: "Ahí está Harry llamándome." Estoy convencido de la veracidad de este hecho, y estas palabras fueron oídas también por la enfermera.

X.Z. Vicario de H.

En cartas y conversaciones con el Sr. Podmore, el Sr. Taylor añade los siguientes detalles: "El Sr. Z. (el vicario) me ha dicho que tuvo cuidado de evitar que David supiera que había muerto Harry y que está seguro de que David no lo sabía. El mismo Sr. Z. se halló presente y oyó lo que dijo el niño. Éste no deliraba en aquel momento."

El siguiente caso fue comunicado a la S.P.R. (Proceedings, S.P.R., vol. V, pág. 460) por el Reverendo J.A. McDonald, que ayudó útilmente a la Sociedad durante algunos años en la cuidadosa reunión de pruebas. El Sr. McDonald lo supo directamente por la Srta. Ogle, hermana del perceptor. Ésta escribió como sigue:

Mi hermano John Alkin Ogle murió en Leeds el 17 de julio de 1879. Una hora antes de expirar vio a su hermano -

que había fallecido unos dieciséis años antes-, y John, alzando la vista con marcado interés, exclamó: "¡Joe! ¡Joe!" E inmediatamente después añadió con cálida sorpresa: "¡Jorge Hanley!" Mi madre, que había llegado de Melbourne, que se encontraba a unas cuarenta millas de distancia y era donde residía Jorge Hanley, se quedó atónita al oír esto y dijo: "¡Qué extraño es que haya visto a Jorge Hanley! ¡Sólo hace diez días que murió!" Luego, volviéndose a mi cuñada, le preguntó si alguien le había hablado a John de la muerte de Jorge Hanley, a lo que aquélla contestó negativamente. Mi madre era la única persona entre los presentes que estaba enterada del hecho. Yo estuve presente y presencié cuanto acabo de decir.

Harriet H. Ogle

En respuesta a varias preguntas, la Srta. Ogle manifiesta: "J.A. Ogle no deliraba ni había perdido el conocimiento cuando pronunció las palabras citadas. Jorge Hanley era un conocido de John A. Ogle, no un amigo particularmente familiar. La muerte de Hanley no fue mencionada al alcance de su oído."

La Revue Spirite del mes de diciembre de 1924 contiene el interesante caso siguiente:

La revista Verdade e Luz, de San Paolo (Brasil), hace observaciones en su número del mes de septiembre de 1924 sobre el notable incidente de que fue heroína la moribunda Adamina Lázaro.

Pocas horas antes de morir la paciente dijo a su madre que veía junto a su lecho a varios miembros de la familia,

todos los cuales habían fallecido algunos años antes. El padre atribuyó al delirio esta declaración in extremis, pero Adamina insistió con nuevas frases, y entre los "visitantes" 'invisibles nombró a su propio hermano Alfredo, que se hallaba en aquel momento a una distancia de 423 kilómetros, en el faro del puerto de Sisal.

El padre se convenció cada vez más del carácter imaginario de estas visiones, sabiendo bien que su hijo Alfredo gozaba de perfecta salud, pues algunos días antes había recibido noticias suyas que no podían ser mejores.

Adamina murió aquella misma noche y a la mañana siguiente su padre recibió un telegrama que le informaba de la muerte del joven Alfredo. Una comparación del tiempo transcurrido prueba que la moribunda vivía todavía al acaecer la muerte de su hermano. El siguiente caso se lo debo al Sr. C.J. Hans Hamilton, que lo tradujo de la revista Psychica de 1921, publicada en Francia. Fue facilitado por el Sr. Warcollier, del Instituto Metapsíquico de París. Dice así:

Mi tío, el Sr. Paul Durocq, dejó París en 1893 para hacer un viaje a América en compañía de mi tía y otros miembros de la familia. Cuando se hallaban en Venezuela mi tío enfermó con la fiebre amarilla y murió en Caracas el 24 de junio de 1894.

Poco antes de morir, y cuando se hallaba rodeado de toda su familia, tuvo un prolongado delirio durante el cual profirió los nombres de algunos amigos que había dejado en Francia y a los que creía ver. "¡Vaya, vaya, usted también... y usted... usted también!..."

Aunque sorprendidos por este incidente, nadie concedió gran importancia a estas palabras en el momento en que fueron proferidas. Pero posteriormente adquirieron una importancia excepcional cuando, de regreso a París, la familia se encontró con las esquelas mortuorias de las personas nombradas por mi tío antes de morir y que habían fallecido antes que él. Hasta hace poco tiempo no logré reunir el testimonio de los dos únicos supervivientes de este acontecimiento, que son mis primos Germana y Mauricio Durocq.

Germana Durocq lo relata como sigue:

Me pides detalles de la muerte de mi pobre padre. -Aún le recuerdo bien cuando yacía moribundo, aunque han transcurrido muchos años. Lo que seguramente te interesa es que nos dijo que había visto algunas personas en el cielo y que había hablado con ellas extensamente. Nosotros nos quedamos muy asombrados cuando al regresar a Francia encontramos las esquelas mortuorias de las mismas personas que él había visto al morir. Mauricio, que era mayor que yo, podría darte más detalles sobre este asunto.

Mauricio Durocq dice:

Respecto a lo que me preguntas acerca de la muerte de mi padre, que aconteció hace bastantes años, recuerdo que pocos momentos antes de morir mi padre pronunció el nombre de uno de sus viejos camaradas -el Sr. Etcheverry-, con el que no se había relacionado ni siquiera por correspondencia desde hacía mucho tiempo, exclamando: "¡Ah, usted también!", o una frase análoga. Hasta regresar a París no vimos la esquela mortuoria de este señor. Quizá mi

padre pronunciara otros nombres, pero yo no me acuerdo.

El Sr. Hans Hamilton, que tradujo y me envió el incidente citado, hace los siguientes comentarios:

Las fechas de la muerte de las personas vistas por el Sr. Durocq al agonizar deberían haber sido comprobadas al regresar la familia a París, pues por no haberlo hecho no tenemos la certidumbre de que hubieran muerto antes que el Sr. Durocq. Sin embargo, toda la historia hace pensar que es más que probable que la familia no pasara por alto este punto, y el Sr. Warcollier manifiesta en su relato que las personas en cuestión habían ya fallecido al tiempo de las apariciones.

El siguiente incidente fue enviado al Spectator por "H. Wedguerood" en 1882. Dice así:

Hace unos cuarenta o cincuenta años, una joven, pariente cercana mía, se hallaba agonizando víctima de la tisis. Había yacido algunos días en un estado de gran postración sin darse cuenta de nada, cuando de pronto abrió los ojos y mirando hacia arriba dijo lentamente: "Susana..., y Juana..., y Elena" como si reconociera a sus tres hermanas, que habían fallecido anteriormente de la misma enfermedad. Luego prosiguió tras una breve pausa: "¡Y Eduardo también!" (Que era un hermano suyo, al que entonces se suponía sano y salvo en la India), como si se sorprendiera de verle entre sus hermanas. Ya no dijo más, y poco después falleció. Pasados los días requeridos por el correo llegaron cartas de la India anunciando la muerte de Eduardo, a causa de un accidente, una semana o dos antes de la muerte de su hermana. Esto me lo contó una hermana mayor que cuidó a la moribunda, y que se hallaba a su

cabecera al tener lugar la aparente visión. (Véase la obra de R. Pike, Life's Borderland and Beyond, pág. 29.)

La Srta. Frances Power Cobber, autora de la obra The Peak in Darien, relata un incidente de índole muy notable ocurrido en una familia estrechamente ligada por el afecto: Una señora moribunda, mostrando una expresión de gozosa sorpresa, dijo ver uno tras otro a tres hermanos suyos que habían muerto hacía mucho tiempo, mas luego reconoció al parecer a un cuarto hermano, al que los asistentes juzgaban vivo en la India. La asociación de su nombre con el de sus hermanos difuntos suscitó tal espanto y tal horror en el espíritu de uno de los presentes, que se precipitó fuera de la estancia. Transcurrido el debido tiempo se recibieron cartas que anunciaban la muerte del hermano en la India, que había acaecido poco tiempo antes de que su moribunda hermana creyera reconocerle.

El Dr. E.H. Plumptre (el deán de Wells) hace notar en una comunicación al Spectator del 26 de agosto de 1882:

La madre de uno de los primeros pensadores y teólogos de nuestro tiempo yacía en el lecho de muerte en el mes de abril de 1854. Había pasado algunos días en un estado de absoluta inconsciencia. Poco antes de morir salieron de sus labios las palabras siguientes: "Ahí están todos... Guillermo, e Isabel, y Emma, y Anita." Luego, tras una pausa, añadió: "Y Priscilla también." Guillermo era un hijo suyo que había muerto en la infancia y cuyo nombre no había salido de los labios de la madre desde hacía varios años. Priscilla había muerto dos días antes, pero aunque su muerte era conocida de la familia, no se le había comunicado a la madre.

En relación con la cuestión tratada en este capítulo, debe leerse también el caso de la Sra. Z. en el capítulo V.

CAPÍTULO III

Visiones de personas cuya muerte era conocida por los moribundos que las veían, y visiones percibidas también por los demás

Yo creo que a ningún alma se le deja tender sola su vuelo invisible hacia el Paraíso. Yo creo en la Gloria in excelsis, en la que el radiante huésped de Dios acoge al espíritu incorpóreo en los confines del nuevo mundo. Recuerdo haber oído una vez que un niño moribundo se estremecía temerosamente ante la idea de marcharse solo. Pero justamente antes de llegar el fin brotó un espíritu de sublime confianza, la presencia sobrenatural de una visión, la identificación de algún camarada, y el pequeño exclamó: "No tengo miedo. Todos están aquí..." Yo creo que el cuarto de los moribundos está lleno de ángeles sagrados.

Basil Wilberforce

Existen muchos relatos garantizados por quienes han asistido a los últimos momentos de un amigo o pariente moribundo, según los cuales poco antes de morir la persona moribunda ha tenido una visión radiante que iluminaba su rostro de alegría por la aparente identificación de algún allegado antes de pasar al mundo de lo invisible. Es innecesario citar un gran número de casos, toda vez que mis lectores ya conocerán sin duda algunos ejemplos. Tales casos no se producen en una sola comarca ni en una sola nación, sino que parecen ser más o menos comunes a todo el mundo. He aquí, por ejemplo, un caso sucedido entre los indios de Saskatchewan:

La subdirectora del hospital indio de Ahtahkakoops, de la Reserva de Sandy Lake en Saskatchewan (Canadá) me escribe el 28 de enero de 1925 acerca de un paciente de su hospital en la siguiente forma:

Era un muchacho indio de unos veinte años de edad, hijo del jefe Papewyn, de una Reserva vecina. Se hallaba en la última fase de la tisis y había sido llevado allí para que se le cuidara hasta su fin. Fue alojado en una cabaña, a unas cien yardas de distancia.

Por fin llegó el día supremo. Era de noche, y yo me encontraba con él. Yacía tranquilamente en su lecho, cuando súbitamente se sentó. Extendió los brazos con anheloso ademán, y una sonrisa radiante iluminó su rostro. No era simplemente una sonrisa de placer, sino algo muy superior. Fue alzado el velo, y nadie que mirara dejó de percibir que era una visión gloriosa la que encontraba la mirada del moribundo. Éste se reclinó después en su lecho, me miró con una sonrisa y expiró. Había pasado el día tranquilo y con conocimiento, sin delirar. Aquello fue un claro vislumbre de esa vida más alta en la que iba a entrar.

R. Hutchinson (subdirectora)

Algunos casos interesantes de visiones percibidas por moribundos se encuentran en un libro de la Sra. Joy Snell (The Ministry of Angels), que fue enfermera de un gran hospital, y los casos que ella narra son experiencias personales y no narraciones relatadas de segunda mano.

La Sra. Snell parece ser una narradora cuidadosa y concienzuda, y me ha facilitado amablemente los nombres y

otros detalles de los casos referidos anónimamente en su libro.

A continuación copio algunos de estos casos, según los dio ella:

Recuerdo la muerte de una mujer (la Sra. Brown, de treinta y seis años de edad), que fue víctima de esa enfermedad tan terrible: el cáncer maligno. Sus sufrimientos eran grandísimos, y ella rezaba ansiosamente para que la muerte llegara pronto y acabara su agonía.

Súbitamente, sus sufrimientos parecieron cesar. La expresión de su rostro, que un momento antes estaba contraído por el dolor, cambió para expresar una alegría radiante. Mirando hacia lo alto, con un fulgor alegre en los ojos, tendió las manos y exclamó: "¡Oh, madre querida, has venido a buscarme! ¡Qué contenta estoy!" Y un momento después, su vida física había cesado.

A mi memoria acude el recuerdo de otra muerte que ocurrió hacia la misma época. Ésta fue la de un viejo soldado (el Sr. Auchterlonie, de cincuenta y nueve años de edad), que se encontraba en la última fase de una tuberculosis contraída mientras luchaba por su patria. Era valeroso y paciente. Pero tenía frecuentes paroxismos de dolor que eran casi insoportables, por lo que ansiaba el alivio que ya sabía que sólo podría traerle la muerte. Se hallaba presa de uno de estos espasmos, y sus facciones se contraían agónicamente al debatirse por respirar, cuando de súbito se calmó. Una sonrisa iluminó su semblante, y mirando hacia lo alto exclamó con un tono de alegría en la voz: "¡Marion, hija mía!" Luego llegó el final. Su hermano y su hermana se encontraban a su cabecera. Ésta le dijo a aquél: "Ha visto a

Marion, su hija predilecta. Ha venido a llevárselo adonde ya no sufrirá más." Y añadió con fervor: "¡Gracias, Señor! Por fin ha encontrado reposo."

En el capítulo VI se encontrarán otros casos relatados por la Sra. Snell.

La Srta. R. Canton, de Garway Road (Londres), me envía el siguiente caso, que transcribo a continuación, según sus propias palabras:

Hace algunos años fui a Acton a ver a una prima mía que se encontraba muy enferma. Su hermana me dijo que la noche anterior, cuando ella fue a sentarse en una silla junto al lecho, la inválida exclamó: "¡Oh, no, J...! ¡Oh, has alejado a mamá, estaba sentada ahí!", y siguió manifestándose muy afligida. Mi tía había muerto algunos años antes. La misma moribunda me habló de esto cuando estuvimos solas.

El siguiente es un caso de esta índole traducido de la Revue Spirite del mes de enero de 1925:

El Sr. A.R. Besancon escribe como sigue:

A primeros de febrero de 1915, encontrándome en M..., cuando sólo contaba diez años de edad, tuve la desgracia de perder a mi madre. La muerte fue acompañada de circunstancias que voy a tomarme la libertad de referir. Mi madre fue asistida por mi abuela durante su enfermedad. Una noche, ésta última se quedó sorprendida al oír que mi madre, que dormía en la habitación contigua, profería ciertas frases, entre ellas ésta: "Por fin puedo verte, María. Me alegro de que hayas venido. Ayúdame." (María era mi hermana, que había muerto algunos años antes.) Mi abuela

pensó que esto era un sueño. Se levantó y se aproximó a la cama de mi madre, y con gran sorpresa suya la encontró en un estado de absoluta normalidad. Mi madre le habló incluso de la satisfacción que había tenido al ver a su hija. Más avanzada la noche, fue reanudada la "conversación". Pero ya no le prestamos atención. Mas a la mañana siguiente mi madre había dejado de existir.

Por otra parte, una de mis tías, que vivía en la vecina aldea de V..., tuvo aquella misma noche la impresión de ver a mi madre. "Pasó junto a mi cama sin hablar -me dijo mi tía al día siguiente-, luego fue a abrazar a mis dos hijas y desapareció." Tales son los hechos.

El siguiente caso está copiado de la obra del Sr. Richard Pike, Life's Borderland and Beyond, Pág. 46:

En el verano de 1883, un joven llamado Giles, de Nottingham, tuvo la desgracia de perder a varios hijos, tras largos y penosos períodos de enfermedad. Hacía algunas semanas que los dos mayores, Fred y Annie, de siete y ocho años de edad, respectivamente, habían fallecido y sido enterrados, cuando su hijo menor mostró síntomas de aproximarse a la muerte.

El padre y la madre permanecieron constantemente a su lado, como se comprenderá fácilmente, para mitigar en lo posible los sufrimientos del pequeño. La noche que murió, el padre se acercó a su cabecera con la medicina acostumbrada, cuando el niño, sentándose rígidamente en la cama, exclamó: "Ahí están Fred y Annie." "¿Dónde, hijo mío?", preguntó el padre. "¿No los ve usted ahí..., ahí? -dijo el niño señalando a la pared-. Están aguardando a que me vaya con ellos", y un minuto después el pequeño paciente se

desplomó muerto en la almohada. Debe hacerse constar que el padre no vio en absoluto la aparición a que señalaba tan vívidamente su moribundo hijo, pero está completamente convencido de su realidad.

La Sra. Kinloch, de Boundary Read, St. John's Wood, N.W., me remite casos de visiones de moribundos que le han sido narrados a ella y que transcribo con sus mismas palabras:

Mi hermana -recientemente fallecida-, que se hallaba junto a mi madre cuando ésta murió, me ha referido que el día anterior a su muerte mi madre exclamó de súbito: "¡Oh, mira ahí a tu padre!", y señaló a un ángulo de la habitación, pero mi hermana no logró ver nada. Una pobre mujer a quien he conocido me contó el otro día que poco antes de morir su madre dijo de pronto: "Tom, acerca más la barca, no puedo entrar en ella." Tom era su esposo.

En este caso y en los tres siguientes las apariciones parecen haber tenido un objeto más o menos preventivo. El incidente fue relatado a la directora de la revista Psychica, que lo juzgó tan interesante que pidió a esta señora que lo repitiera por carta, cosa que ella hizo de buena gana, rogando únicamente que sólo se publicaran sus iniciales, aunque su nombre y dirección eran conocidos por la directora de la revista.

La carta dice así:

Muy señora mía: Con respecto al incidente que le he relatado y que ocurrió hace varios años, he aquí los hechos tal como sucedieron:

Mi hija falleció a los diecisiete años de edad. Llevaba enferma unos cinco años, y en los ocho meses que precedieron a su muerte no había podido moverse de la cama. Durante todo este tiempo, hasta el momento de su muerte, conservó un grado notable de inteligencia y voluntad. Quince días antes de su muerte, una noche en que me incliné sobre la cabecera de su lecho, le pregunté, al verla ensimismada, en qué estaba pensando. Ella repuso: "Mamá, mira allí", señalando a las cortinas de la cama. Yo seguí la dirección de su mano y vi la forma de una mano completamente blanca, que resaltaba con gran claridad en la negra cortina. No teniendo ideas espiritistas, experimenté una intensa emoción y cerré los ojos para no ver más.

Mi hija me dijo: "No me contestas." Yo tuve la debilidad de declararle que no veía nada. Pero mi trémula voz traicionaba mi certidumbre, pues mi hija añadió con un ligero aire de reproche: "¡Oh, mamaíta! Yo he visto eso mismo durante los tres últimos días y a la misma hora. Es mi querido padre que ha venido a llevarme."

Mi hija murió quince días después, pero la aparición no se repitió. Quizás alcanzara su mayor intensidad el día que yo la vi.

Z.G.

La directora de Psychica hace notar: La señora que firma esta carta no es una persona crédula, y declara que vio la visión junto al lecho de su moribunda hija y en un momento en que sus pensamientos se hallaban muy lejos de la creación de una forma fantasmal.

Carita Borderieux (directora de Psychica)

El Sr. Hans Hamilton, que tradujo el anterior extracto, hace notar: "El interés de este caso radica en el hecho de que la aparición tuviera lugar quince días antes de la muerte, en que fuera visible a dos personas y en que no cabe la menor sospecha de delirio ni de letargo por parte de la muchacha moribunda."

Un caso notable de alucinación colectiva (es decir, de una visión percibida por los allegados de la persona moribunda así como por ésta) fue el publicado en los Proceedings de la S.P.R. de 1889, vol. VI, pág. 20. (Véase también la obra Humarl Personality, vol. 11, pág. 334.)

La narradora, la Srta. Emma Pearson, escribe un relato de la enfermedad y muerte de su tía, que transcribimos aquí notablemente abreviado:

Mi tía, la Srta. Harriet Pearson, que fue llevada muy enferma a Brighton en noviembre de 1864, ansiaba volver a su casa de Londres, en donde ella y su hermana Ana (que había muerto algunos años antes) habían pasado en realidad toda su vida. En consecuencia, yo tomé las medidas necesarias y se la trasladó a su casa. Sus dos sobrinas (la Sra. Coppinger y Sra. John Pearson), Elisa Quinton (el ama de llaves) y yo nos encargamos de asistirla.

Ella empeoró cada vez más. La noche del 23 de diciembre la Sra. John Pearson se hallaba junto a ella mientras la Sra. Coppinger y yo descansábamos en la habitación contigua, habiendo dejado entreabierta la puerta para poder oír todo ruido de la otra habitación. Ninguna de las dos estábamos dormidas, y de pronto ambas nos incorporamos en el lecho al ver que una figura pasaba por la

puerta envuelta en un viejo chal, llevando una peluca con tres bucles a cada lado y una vieja cofia negra.

La Sra. Coppinger me llamó: "¡Emma, levántate. Es la tía Ana!" Yo repuse: "Es verdad. ¡Eso es que la tía Harriet se va a morir hoy!" Cuando nos estábamos levantando la Sra. John Pearson salió precipitadamente del cuarto de la tía Harriet diciendo: "Era la tía Ana. ¿Adónde se ha ido?" Yo le dije para tranquilizarla: "Acaso fuera Elisa que haya bajado a ver cómo seguía su señora."

La Sra. Coppinger se precipitó escaleras arriba y encontró a Elisa dormida. Miró en todas las habitaciones y no encontró a nadie, y desde aquel día hasta hoy no se ha encontrado ninguna explicación de aquella aparición, salvo que fue la tía Ana que vino a llamar a su hermana. La tía Harriet murió a las seis de la tarde de aquel mismo día. Elisa Quinton, el ama de llaves, confirma el relato transcrito y añade: "Miramos en todas las habitaciones, pero no pudimos encontrar a nadie en la casa. La Srta. Harriet murió en la tarde de aquel día. Pero antes nos dijo a todos que había visto a su hermana y que había venido a llamarla." Esta última manifestación la confirma además la Srta. Emma Pearson en una carta posterior, en la que dice que recuerda a su tía diciendo que "su hermana había venido a por ella, pues la había visto."

En el caso siguiente el propósito preventivo parece fuertemente marcado:

Luisa F., de cuarenta y ocho años de edad, murió tras sufrir una operación en el abdomen el mes de enero de 1896. Durante su enfermedad pidió frecuentemente que

cuando se curara se le llevara a su sobrinita Lily, de tres años y tres meses de edad, a la que quería mucho, para que viviera con ella en el campo. Un mes después de la muerte de su tía, la pequeña Lily, que era inteligente y precoz y gozaba de perfecta salud, se detenía a menudo en sus juegos para mirar fijamente por la ventana.

Su madre le preguntó qué era lo que miraba, y ella contestó: "Es la tía Luisa que me tiende los brazos y me llama." Su madre, muy asustada, trató de distraer su atención, pero la niña acercó su silla a la ventana y siguió mirando durante algunos minutos. Su hermano, N.F., que fue el que me dio estos detalles, dice: "Yo tenía entonces once años y oí decir a mi hermanita: ¡Anda! ¿No veis a Tata?, que era como llamaba a su tía. Por supuesto que yo no vi nada."

Durante algunos meses la niña no volvió a ver nada, las visiones cesaron. Hacia el 20 de mayo Lily cayó enferma, y cuando reposaba en su lecho miraba hacia el techo diciendo que veía a su tía, que la llamaba y estaba rodeada de angelitos. "Mi tía ha venido a buscarme, me tiende los brazos", y como su madre sollozara, dijo: "No llores, mamá. Es muy hermoso, estoy rodeada de ángeles."

La niña murió el 9 de junio, de meningitis tuberculosa, cuatro meses y medio después de la muerte de Luisa F.

Tal es la historia contada por su hermano N.F., y confirmada por su hermana G.F. y su madre. La familia vivía muy tranquilamente en una ciudad provinciana. Ninguno de ellos sabía nada de ciencias psíquicas.

El siguiente caso apareció primeramente en el *Religio Philosophical Journal* del 5 de mayo de 1894 (véase Human Personality, vol. 11, pág. 334). El Sr. B.B. Kingsbury, que lo facilitó, manifiesta que la informante pertenece a la Iglesia Presbiteriana, y que su esposo confirmó su declaración de que el niño oyó voces que le llamaban. El Sr. Kingsbury añade que ambos informantes, el Sr. y la Sra. H., son dignos de crédito. El padre es un tanto "sensitivo" y la madre ha tenido dos o tres fenómenos de clarividencia.

El relato facilitado por la madre dice así:

Si alguna vez hubiera yo dudado de que hay otra vida, mi duda hubiera sido desvanecida por esto que yo llamo una visión. En 1883 era yo madre de dos niños fuertes y sanos. El mayor era un niño brillante de dos años y siete meses de edad. El otro era un infante de ocho meses. El 6 de agosto de 1883 murió el pequeño. Ray, mi otro hijito, se encontraba entonces en perfecto estado de salud. Todos los días que siguieron a la muerte del pequeño (y no me equivocaría si dijera que a todas horas) Ray solía decirme: "Mamá, el nene llama a Ray." A menudo abandonaba sus juegos y corría hacia mí diciendo: "Mamá, el nene no hace más que llamar a Ray." Todas las noches solía interrumpir mi sueño diciendo: "Mamá, el nene no hace más que llamar a Ray. Quiere que Ray vaya adonde está él. No debes llorar cuando Ray se vaya, mamá. No debes llorar, pues el nene necesita a Ray."

Un día estaba yo barriendo el suelo de la sala y él vino corriendo todo lo deprisa que podía a través del comedor, en donde se encontraba la mesa y la silla alta del nene (que ahora era utilizada por Ray). Yo no le había visto nunca tan

excitado. Se aferró a mi vestido y tiró de mí hacia la puerta del comedor, la cual abrió diciendo: "Mamá, mamá, ven pronto. El nene está sentado en su silla alta." En cuanto abrió la puerta y miró a la silla, dijo: "¡Oh, mamá! ¿Por qué no te has dado prisa? Ahora se ha ido." Cuando Ray pasó junto a la silla se echó a reír. ¡Oh, cómo se rió! "Ray va a marcharse con el nene, pero no tienes que llorar, mamá."

Ray se puso pronto muy enfermo. De nada sirvieron cuidados y medicinas. Murió el 13 de octubre de 1883, dos meses y siete días después de la muerte del bebé. Era un niño de gran inteligencia y mucho más desarrollado de lo que correspondía a sus años. Que sea o no posible que vuelvan los muertos, y que mi nene volviera y fuese visto por su hermanito, es cosa que dejo al juicio de los demás.

El Dr. Hodgson, cuyo nombre es sobradamente conocido por todos los investigadores psíquicos como uno de los investigadores más escrupulosos y críticos, hizo indagaciones con respecto a este caso, y en respuesta a las preguntas del Dr. Hodgson, la Sra. H. escribe:

Defiance, Ohio 13 diciembre 1894 Cuando el niño corrió hacia mí diciéndome que el nene estaba sentado en su silla a la mesa, no había otras personas en la casa que la criada, el pequeño Ray y yo. Yo no dije nada a la mucha--ha acerca de ello y ella no oyó al niño. Pero en cuanto mi marido vino a cenar se lo conté. Después de aquello hablamos libremente de la cuestión a nuestros amigos. El pequeño Ray no sabía nada acerca de la muerte. Nunca le habíamos hablado sobre ello en modo alguno. La última vez que le llevé a la sepultura del nene, poco antes de que él cayera enfermo, estuvimos sentados junto a la sepultura y

yo pensé: "¡Oh, qué contenta me sentiría si pudiera coger a mi nene y contemplarle sólo por un minuto!"

Al instante, Ray me dijo: "Mamá, vamos a coger al nene y a mirarle un momento. Luego nos sentiremos mejor." Cuando abandonábamos la sepultura, Ray le acarició con su manita y dijo: "Ray va a dormir aquí junto a su hermanito No tienes que llorar, mamá." Ahora reposa justamente e donde él decía.

P.S. He de advertirle que yo no he sabido nunca gran cosa acerca de lo que se llama espiritismo moderno, sino que nací y fui educada como presbiteriana y pertenezco todavía a esa Iglesia, de la que soy miembro activo.

F.H.

El Dr. Hodgson escribió también al Sr. H., que contestó como sigue: 27 de febrero 1895 Puedo certificarle que mi esposa me relató eso (esto es, lo relativo a que Ray había visto al nene en la silla) el día que ocurrió cuando fui a cenar. Frecuentemente yo oí a nuestro hijito decir a su madre que el nene le llamaba a cada momento.

W.H.B.

El Dr. Hodgson recibió también la siguiente corroboración:

116´Summit Street Defiance, Ohio 25 de febrero de 1895 Muy señor mío: Puedo certificarle que los Sres. H. me hablaron a menudo de que Ray vio al nene en la silla antes de caer enfermo. Ellos me lo contaron el día siguiente al que sucedió.

Sra. H. Shulters

El siguiente caso fue facilitado por el Dr. Pablo Edwards, y se publicó en el periódico Light en abril de 1906.

Viviendo en una ciudad provinciana de California (U.S.A.), hacia el año 1887, se me avisó para que fuera a visitar a una señora, gran amiga mía, que se encontraba muy decaída y debilitada por consunción. Todo el mundo sabía que aquella pura y noble esposa y madre estaba condenada a morir, y por último ella misma se convenció de que la muerte inmediata era inevitable, y en consecuencia, se preparó para ello. Llamando a sus hijos a su cabecera, los fue besando uno a uno, despidiéndolos en cuanto les había dado su adiós. Luego le tocó subir al marido a despedirse de la más amante de las esposas, que mostraba una perfecta claridad mental.

Empezó por decirle: "Newton (éste era su nombre de pila), no llores por mí, pues no sufro y estoy completamente serena. Te he querido en la tierra y te seguiré queriendo después que me haya ido. Estoy decidida a volver a ti si tal cosa es posible, y si no es posible velaré por ti y por los niños desde el cielo, en donde aguardaré a que vayáis todos. Ahora mi primer deseo es irme... Veo gentes que se mueven... todas de blanco. La música es extrañamente encantadora. ¡Oh! Aquí está Sadie. Está conmigo... y sabe quién soy."

Sadie era una niña que había perdido unos diez años antes. "¡Sissy! -dijo el marido-. Tu desvarías." "¡Oh, querido! ¿Por qué me has llamado aquí otra vez? -dijo la esposa-. Ahora me costará trabajo volverme a marchar. Con lo contenta que estaba allí... Era tan delicioso... tan consolador..." Unos tres minutos después la moribunda

añadió: "Me vuelvo a ir y ya no volveré aun cuando me llames."

Esta escena duró unos ocho minutos. Era notorio que la moribunda tenía plena conciencia de los dos mundos a la vez, pues describió el aspecto de las movibles figuras del Más Allá mientras dirigía sus palabras a los mortales de este mundo.

... Creo que de todas las escenas de muertes que he presenciado, ésta fue la más impresionante, la más solemne.

Mi amiga, la Srta. Dallas, me ha enviado algunos casos de visiones de moribundos que les ocurrieron a personas que ella conocía.

En uno de estos casos, la cara de la madre de una amiga suya se iluminó de súbito, poco antes de morir, con un fulgor intenso. Cuando esto hubo pasado, la moribunda abrió los ojos y dijo que había contemplado el Cielo y había visto muchas personas cuya muerte era conocida por ellos, y dijo también que muchas de las cosas que había visto era imposible describirlas. Poco después murió.

En otro caso la Srta. Dallas habla de una viuda que vivía con su hijo más joven, llamado Jim, que murió después de consunción. La Srta. Dallas visitó a la madre poco después de la muerte de su hijo y anotó lo que sigue en su cuaderno de notas aquel mismo día:

Jim había fallecido un jueves, y el sábado anterior su fin había parecido hallarse próximo. Pero se reanimó y dijo a su madre que había visto algo bellísimo. Volvió a sufrir otra

recaída, y al volver en sí dijo que había visto a dos de sus hermanas y a un hermano que habían muerto anteriormente, pero añadió: "Mamá, no logro hallar a Bessie." La madre le dijo a la Srta. Dallas que Bessie había muerto doce años antes, cuando Jim era aún un niño. Después de aquello Jim no tardó mucho en morir.

El siguiente caso está tomado del *Boletín* de la S.P.R. norteamericana del mes de julio de 1909, pág. 422. Su director, el profesor Hyslop, relata cómo llegó a su poder la carta original y hace notar que esto puede considerarse como una prueba documental del incidente descrito. La carta original iba incluida en otra dirigida al director de la Open Court, conocida revista norteamericana. En ella su autor, el Sr. William C. Church, manifiesta que la carta que remite estaba dirigida al difunto capitán J. Ericsson, inventor del monitor, por Lady Ellen Chute, pariente de su esposa, y se refiere a la muerte de la cuñada de Ericsson, Luisa Browning. La "Amelia" a que se alude en la carta era la esposa del capitán Ericsson, que había muerto en julio de 1867, muchos años antes, y la "tía Luisa Browning" era la hermana de "Amelia".

Bracknell, Berks 5 de noviembre de 1883 Querido capitán Ericsson: Después de la última vez que le escribí, nuestra querida tía, Luisa Browning, murió en la mañana del sábado 28 de octubre, a los setenta y ocho años de edad. En su lecho de muerte creyó ver a su querida hermana (Amelia, la esposa del capitán Ericsson), que había fallecido mucho antes. Los que la asistían a su lado le oyeron decir, aunque antes había atravesado un estado de absoluta inconsciencia: "¡Oh, Amelia! ¡Amelia!", y extendió la mano como para recibir

a alguien que los terrenales ojos de los demás no podían ver, y luego todo terminó... Sinceramente suya,

Ellen Chute

En este caso (véase la obra de R. Pike Life's Borderland arad Beyond, pág. 28, en la que se cita el Atlantic Monthly de marzo de 1879 como fuente de origen), que se da abreviado a continuación, las canciones y la voz del visitante invisible fueron oídas por la madre lo mismo que por su moribunda hija, y un primo de la niña fallecida creyó tener una visión de ésta y oyó un anuncio de su muerte.

La Sra. G. había estado en el campo visitando a su cuñada en unión de sus dos hijas, Minnie y Ada, de ocho y nueve años de edad, respectivamente. Pero habiendo tomado una casa cerca de Londres, envió a ella a sus dos hijas, con la niñera, en un tren de la mañana, siguiéndolas ella unas horas después. Al anochecer del mismo día, una de las niñas entró en una habitación de la casa que habían dejado por la mañana y en la que estaba estudiando un primo suyo, al que quería mucho, y le dijo: "Vengo a decirte adiós, Walter; ya no te volveré a ver más." Luego le besó y desapareció de la estancia. El muchacho se quedó muy alarmado y atónito, pues él mismo había visto a las dos niñas y a la niñera en el tren de la mañana.

En aquel mismo momento las dos niñas caían repentinamente enfermas en Londres, según estaban jugando en su nueva casa, pocas horas después de su llegada. El médico al que se avisó dijo que tenían viruelas del género más maligno. Ambas niñas murieron en la misma semana. Pero la menor, Minnie, murió primero. El día

siguiente a su entierro, la pobre y afligida madre velaba con ansiedad las últimas horas de la hija que aún le quedaba, sabiendo bien que no tenía ninguna probabilidad de vida. De súbito, la niña enferma se despertó de una especie de sopor y exclamó: "¡Oh, mira, mamá, mira qué ángeles tan hermosos!", y señaló a los pies de la cama. La Sra. G. no vio nada, pero oyó una música dulce que parecía cernerse en el aire. La niña volvió a exclamar: "¡Oh, mamá querida, ahí está Minnie! Ha venido a por mí", y sonrió mostrándose sumamente contenta. En aquel momento la Sra. G. oyó distintamente una voz que decía: "¡Ven, querida Ada, te estoy esperando!" La enferma sonrió una vez más y murió sin debatirse.

Algún tiempo antes de su muerte, la pobre madre sorprendió una conversación infantil entre las dos niñas, en la que la menor, Minnie, decía a la otra que estaba segura de que ella moriría primero y vendría, sin duda, a buscar a su hermana. La madre recordó durante largo tiempo esta conversación, que fue asombrosamente comprobada por los hechos reales. Es posible, desde luego, que la expectación por parte de la madre (si en aquel momento se acordaba de la conversación de sus hijas) disminuya el valor evidencial de este sorprendente caso.

Se ha referido el caso del célebre matemático De Morgan, que durante los dos últimos días de su vida dio muestras de su tránsito atravesando la misma experiencia que él había juzgado digna de investigación e historia. El profesor De Morgan creyó reconocer a todos aquellos miembros de su familia que había perdido -sus tres hijos, su madre y su hermana-, y a los que saludó nombrándolos en orden inverso al que habían abandonado el mundo. Nadie

que le viera en aquel momento podría dudar de que lo que creía percibir era, por lo menos para él, visible y real. (Véase R. Pike, *Life's Borderland and Beyond,* pág. 15.)

En su libro *From Matter to Spirit, la Sra. De Morgan* relata el siguiente incidente que transcribe según se lo contó la madre del niño moribundo:

La mañana en que murió John, después de despedirse de toda la familia, permaneció tranquilo durante algún tiempo y luego habló con voz fuerte y clara, respondiendo, evidente mente, a una pregunta que debía haber oído. Nosotros nos quedamos atónitos y paralizados de terror. Sentimos que veía y oía a un ángel invisible para nosotros. Luego volvió a hablar y dijo: "¡Mamá, la abuela ha venido aquí!, debes verla. Está rodeada de mucha gente y todos dicen que han venido a llevarme con ellos." Poco después expiró dulcemente.

El reverendo W.G. Horder relata el siguiente incidente: Un amigo mío, de espíritu incrédulo por naturaleza y que en esta ocasión se mostraba muy escéptico acerca de la vida futura, me ha contado el siguiente incidente, que le causó una profunda impresión y hasta despertó en él la fe en la inmortalidad: Su hermano, un joven de unos veinticinco años de edad, había sido atacado de meningitis, que acabó por tenerle en un estado de absoluta inconsciencia durante unas veinticuatro horas. Pero poco antes de morir se incorporó en el lecho, apoyándose en una mano, y dijo: "¿Quién está a los pies de mi cama?" Su madre, que se encontraba en la cabecera, dijo: "No hay nadie, hijo mío." Y él repuso: "¿No veis a Emma (una hermana difunta) a los pies de la cama?" La madre dijo: "No; ahí no hay nadie, hijo

mío." "Sí -dijo él-. Es Emma. La veo. Estoy dispuesto." Y, desplomándose, murió. (Véase R. Pike Life's Borderland and Beyond, pág. 35.)

Los tres casos siguientes me fueron enviados por la Sra. Shepherd Munn, viuda del difunto vicario de Orleton, Brimfield (Herefordshire), que conocía personalmente a todas las personas relacionadas con los relatos. Dicha señora escribe lo siguiente:

Un muchacho de catorce años, llamado Carlos Dyer, que vivía con sus padres en Orleton, se moría de consunción y se había extenuado rápidamente en cuatro o cinco meses. Duran te todo este período se mostró muy brillante, lleno de interés por todo lo que le rodeaba, y no pareció darse cuenta de su rápida debilitación. Una semana antes de morir se hallaba durmiendo en una habitación contigua a la de su madre, pero sin ninguna puerta intermedia, cuando la llamó a ésta, que al entrar le encontró muy excitado hablando de una puerta que veía en el rincón de su cuarto y que decía que cada vez se abría más, y "cuando se haya abierto del todo yo pasaré por ella, mamá".

En la mañana del día en que murió, habiendo salido su madre de la habitación para ir a buscar algo, le oyó llamar, y volviendo presurosamente, le encontró sentado en la cama, mirando hacia el rincón de la estancia, y le dijo: "Ha venido un buen anciano a por mí y me tiende los brazos. Tengo que irme. No me toques, mamá", y se desplomó dulcemente en la almohada, y expiró sin estertor alguno y con una sonrisa de gozo en su semblante, que ya no desapareció. Su madre se quedó extasiada, y vino aquella misma mañana a la vicaría a contármelo. La impresión que esto le causó ha

perdurado hasta el día de hoy y ha ejercido en su vida un saludable influjo.

El siguiente caso, relatado también por la Sra. Shepherd Munn, acaeció algunos años antes que el último, pero está relacionado con la misma familia.

Un anciano llamado John George -abuelo de Carlos Dyer, el muchacho a que acaba de aludirse- estaba agonizando. Él y su esposa, Mary Ana George, habían tenido una gran pesadumbre aquel mismo año por la muerte de Tom, su hijo menor, joven que había perecido en la línea ferroviaria en que trabajaba.

El moribundo anciano había pasado algún tiempo tranquilo, como si durmiera, cuando, de pronto, se incorporó, abrió desmesuradamente los ojos, y, mirando del lado de la cama opuesto al que ocupaba su esposa, exclamó: "¡Cómo, aquí está Tom, y está perfectamente, no tiene cicatrices! ¡Oh, tiene un aspecto magnífico!" Después de una pausa añadió: "¡Y aquí está Nance también!" Otra pausa, y después: "Mujer, está muy bien. Ha sido perdonada." Y poco después el anciano expiró, llevándose consigo un pesar que había oprimido largo tiempo el corazón de la madre, pues Nance había incurrido en pecado y había muerto poco después de que naciera el niño y, como pensaba la pobre madre, "sin haber tenido tiempo de arrepentirse".

El siguiente caso lo ha facilitado también la Sra. Shepherd Munn, y, como los dos precedentes, ocurrió también en Orbeton (Herefordshire):

Una mujer, llamada Mary Wilding, agonizaba víctima de

un cáncer. Quería apasionadamente a su marido, Charles Wilding. Ambos habían trabajado juntos, educado a sus hijos, ahorrado algún dinero y adquirido una linda casita en Orbeton, en donde pasaron juntos algunos años confortables y felices. Cuando ella comprendió que se moría y dejaba a "Charlee" se sintió muy desgraciada Y les hizo sufrir a todos mucho, irritándose y lamentándose de su destino. Un día en que se aproximaba el fin, y con motivo de que una hermana suya, que ayudaba a cuidarla, se encontraba sola en la habitación con ella, Mary Wilding alzó de pronto la vista con radiante expresión y dijo: "¡Oh, Emmie, mamá está aquí! Ha venido a por mí Y va a llevarme con ella. Ya no perdió nunca la sensación de confiada alegría, y expiró al día siguiente con absoluta tranquilidad,

El Dr. Hyslop relata el siguiente caso, que lo supo por un amigo, de cuyo testimonio no tiene motivos para dudar:

Aquella tarde (14 de mayo de 1906) visité a una señora cuyo hijo, niño de nueve años de edad, había muerto dos semanas antes. Este niño había sido operado de apendicitis hacía unos dos o tres años y había padecido, al mismo tiempo, peritonitis. Logró restablecerse y pareció encontrarse bien durante algún tiempo. Pero volvió a enfermar y fue llevado a un hospital para que le operaran. Aquí conservó un raciocinio perfecto, reconociendo a sus padres, al médico y a la enfermera cuando se hubo disipado la influencia del anestésico. Sintiendo que se iba, pidió a su madre que le cogiera las manos hasta que se hubiera ido. Pronto alzó la vista y le dijo: "Mamá querida, ¿no ves ahí a mi hermanita?" "No. ¿Dónde está?" "Ahí, a la derecha. Me está mirando." Entonces la madre, para tranquilizarle, le dijo que veía a la niña. A los pocos minutos el semblante del niño se

ilumino gozosamente y dijo: "Ahí viene la Sra.

C. (una señora a la que quería mucho y que había fallecido unos dos años antes) y me sonríe como acostumbra a hacerlo. Está sonriendo y quiere que me vaya." A los pocos momentos añadió: "¡Ahí está Roy! Me voy con ellos. Yo no quisiera dejaros, pero pronto vendréis conmigo, ¿verdad? Abrid la puerta y dejadlos entrar. Están esperando afuera", y el niño expiró.

La madre confirma este relato, y una indagación ha aclarado los hechos siguientes: La "hermanita" a que se refiere el niño había muerto años antes de que él naciera. "Roy" es el nombre de un amigo del niño, que había muerto un año antes.

El siguiente caso está tomado de la Vida del *Reverendo Dwight L. Moody*, el célebre predicador evangélico de los Estados Unidos. Los últimos momentos del Sr. Moody los describe su hijo, el biógrafo, de la siguiente forma:

De pronto murmuró: "La tierra retrocede, el cielo se abre ante mí. He atravesado las puertas. Dios me llama. No me hagáis volver. Es bellísimo. Parece un trance. Si esto es la muerte, ¡qué dulce es!"

Luego se iluminó su semblante y dijo con un tono de éxtasis gozoso: "¡Dwight! ¡Irene! Veo las caras de los niños." (Se refería a sus dos nietecitos que habían fallecido antes.)

Volviéndose hacia su esposa, añadió: "Mujer, has sido una buena esposa para mí", y, tras esto, perdió el conocimiento.

El siguiente caso lo relata el Sr. Alfredo Smesley en su libro Reminiscences (págs. 50 y 51). Hace un relato de los últimos momentos de su esposa, y dice:

Poco antes de fenecer, fijando la vista en algo que parecía llenarla de agradable sorpresa, exclamó: "¡Cómo! ¡Aquí está mi hermana Carlota, mamá, papá, mi hermano Juan, y mi hermana María! ¡Y ahora han traído a Bessie Heap! ¡Todos estáis aquí! ¡Oh! ¡Qué hermoso! ¿No lo ves tú?", preguntó. "No, querida mía, aunque bien quisiera", repuse yo. "¿No lo ves? insistió ella sorprendida-. ¡Pues todos están aquí y han venido a llevarme con ellos!" Luego añadió: "Parte de nuestra familia ha cruzado el río, y pronto la otra parte se reunirá en casa, y entonces seremos una familia completa en el cielo."

Aclararé que Bessie Heap había sido la niñera de confianza de la familia, y mi esposa había sido siempre su favorita. Después del éxtasis descrito, mi esposa se demoró todavía algún tiempo. Luego, volviendo a fijar su mirada en lo alto y elevando las manos, se unió al séquito de ángeles amigos que había venido a llevarla a ese esplendoroso mundo espiritual, del que ella sabía tan poco.

El siguiente caso (véase Psychical Research and the Resurrection, de J.H. Hyslop, Boston, U.S.A., 1908, pág. 97) se ha dado basándose en el prestigio del Dr. Wilson, de Nueva York, que se halló presente hace algunos años a la muerte del conocido tenor norteamericano Sr. James Moore, que era paciente suyo. El Dr. Wilson narra el siguiente relato:

Eran las cuatro de la madrugada, y la aurora, que había estado aguardando, se infiltraba por las rendijas de las

ventanas, cuando al inclinarme sobre el lecho advertí que tenía una expresión serena y la mirada clara. El infortunado alzó la vista para mirarme, y cogiéndome una mano con las dos suyas dijo: "Ha sido usted un buen amigo, doctor. Ha permanecido a mi lado."

Luego ocurrió algo que no olvidaré hasta mi última hora, algo completamente indescriptible. Aparentó gozar de un perfecto raciocinio y una lucidez como la de cualquier otro hombre, y el único modo como puedo expresarlo es que fue transportado a otro mundo, y aunque no puedo explicar satisfactoriamente el hecho por mí mismo, estoy plenamente convencido de que había entrado en la Ciudad Dorada, pues dijo con una voz más fuerte que la que había usado desde que yo le asistía: "¡Ahí está mi madre! ¡Cómo, madre! ¿Has venido a verme? No, no: ya voy a verte yo. Espera un momento, mamá. Casi he terminado. Puedo saltar. Espera, madre." Su semblante tenía una expresión de dicha inexpresable, y la manera como pronunció sus palabras me impresionó como nunca he sido impresionado, y estoy tan firmemente convencido de que vio y habló a su madre como de que estoy sentado aquí. Con el objeto de recordar lo que me había parecido su conversación con su madre y tener también un relato del acontecimiento más grande de mi vida, anoté inmediatamente cuantas palabras dijo... Fue ésta una de las muertes más hermosas que he visto.

Mi amiga, la Sra. Carter, de St. Erth, Hayle (Cornwall), me remite el caso siguiente, que sucedió el 13 de abril de 1924 en presencia suya, escribiendo las siguientes notas unos días después. Dice así:

El sábado 13 de abril fui a Hillside a cuidar al Sr. Williams, que se estaba muriendo de consunción, con el fin de que sus allegados pudieran descansar un poco. Este señor se encontraba en un estado físico calamitoso. No podía estar echado y le costaba gran trabajo respirar, teniendo que sacar la cabeza algunos centímetros del colchón.

Súbitamente se irguió, extendió las manos y dijo con gran claridad, como si hablara a alguien que se hallara presente y al que le agradara ver: "¡Edmundo! ¡Querido hermano Edmundo!" Yo estaba sola con él en aquel momento. Cuando la familia volvió después a la habitación les conté en el acto lo que había dicho, y entonces supe por ellos que su hermano Edmundo había muerto.

Durante el tiempo que yo estuve con él -desde las tres y cuarto hasta las nueve y cuarto-, aunque siempre respiró con gran trabajo, pareció tener plena conciencia al hablar y llamó a los distintos miembros de su familia. A mí me conocía muy bien, me besó la mano y me llamó por mi nombre. También pidió agua con intervalos y té caliente. A pesar de sus grandes sufrimientos físicos, su confianza en Dios no fue quebrantada, y era sumamente conmovedor oírle exclamar a intervalos: "¡Señor, déjame irme!"

Se me dijo que antes de que yo llegara había exclamado: "¡Sra. Hooper!" Ésta había sido una amiga suya que había fallecido unos dieciocho meses o dos años antes. Él murió unas diez horas después de que yo me hube marchado.

El siguiente relato de los últimos días de un niño fue

publicado en el Boletín de la S.P.R. norteamericana, dirigido por el Dr. James H. Hyslop (vol. XII, núm. 6), y la Srta. H.A. Dallas (véase The Nurseries of Heaven, de Vale Owen y Dallas, Londres, 1920, pág. 117) transcribió un relato considerablemente abreviado, del que damos a continuación un resumen:

Daisy Irene Dryden nació en Maryswill, Yuba County (California) el 9 de septiembre de 1854 y murió en San José (California), el 8 de octubre de 1864, a la edad de diez años y veintinueve días.

Su madre escribe: En el verano de 1864, Daisy fue atacada de fiebre biliar. Después de cinco semanas de enfermedad, la fiebre la abandonó, y durante dos semanas pareció seguir recobrando fuer zas. Sonreía y cantaba, y volvía a parecer la misma, hasta que una tarde su padre, que se encontraba junto a su lecho, advirtió una expresión singular en su semblante. Reflejaba a la vez alegría y asombro. Su mirada se dirigía hacia un punto situado encima de la puerta. Su padre le preguntó: "Daisy, ¿qué es? ¿Qué es lo que ves?"

Ella contestó dulcemente: "Es un espíritu, es Jesús, que dice que yo voy a ser uno de sus corderos." "Sí, hija mía, -dijo su padre-, yo espero que seas uno de sus corderos." "¡Oh, papá! -exclamó ella-. ¡Me voy al cielo, hacia Él!" Aquella noche la niña cayó con enteritis, y sólo vivió cuatro días. Durante las primeras veinticuatro horas sufrió mucho, no pudiendo tomar alimento, ni agua, ni medicinas. Pasado ese tiempo, tuvo escasos dolores. Su pobre cuerpecito había quedado en realidad tan extenuado, que poco le quedaba a la enfermedad para ensañarse. Pero su espíritu se mostraba

muy activo y notablemente claro. Sus facultades parecían agudizadas. Recordaba versos que había aprendido en el colegio, pues siempre le había gustado aprenderse poesías de memoria. Y cuando Lulú le cantaba himnos de la Doctrina, ella decía cómo se llamaba el cántico y la página en que se encontraba.

Le gustaba que le leyéramos los Evangelios. Yo leí en el de San Juan: "Es conveniente para vosotros que me vaya, pues si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si parto, yo os lo enviaré." A esto ella alzó la vista y me miró celestialmente diciendo: "Mamá, cuando yo me vaya, el Consolador vendrá a vosotros, y quizá me deje venir a mí también algunas veces. Yo le preguntaré a Allie acerca de esto." Después de aquello repitió esta misma frase a menudo cuando no se creía segura de algo.

Allie era un hermano suyo que hacía siete meses había pasado a la otra vida, a la edad de seis años, víctima de la escarlatina. Éste debió de estar con la niña gran parte del tiempo durante aquellos tres últimos días, porque cuando le hacíamos preguntas que no podía responder, solía decir: "Esperad a que venga Allie y se lo preguntaré." En esta ocasión sólo esperó un momento, y luego dijo: "Dice Allie que puedo venir a vosotros algunas veces. Dice que es posible, pero que no os enteraréis cuando esté aquí; pero puedo hablaros a través del pensamiento."

Como he dicho, Daisy permaneció al borde de la muerte durante tres días, después de pasar las primeras veinticuatro horas de agonía. Su armazón físico estaba tan extenuado que apenas podía retener en su endeble abrazo el espíritu, que se nos mostraba, por así decirlo, a través del

tenue velo de la extenuada carne que lo envolvía. Durante este tiempo vivió en ambos mundos, según lo expresaba ella misma. Dos días antes de que nos dejara vino a verla el Superintendente de la Escuela Dominical. Ella le habló con gran desenvoltura acerca de su marcha y envió un mensaje por conducto suyo a la Escuela Dominical. Cuando iba a marcharse, el Superintendente dijo: "Bien, Daisy, pronto habrás pasado el río oscuro". Cuando éste se marchó, ella le preguntó a su padre lo que significaba el "río oscuro". Él trató de explicárselo, pero ella dijo: "Todo eso es un error. No hay ningún río, no hay ninguna cortina, ni siquiera hay una línea que separe esta vida de la otra." Y sacando sus manitas del lecho, dijo gesticulando: "Ésta está aquí, y ésa está allí. Yo sé que es así, porque puedo veros a todos vosotros al mismo tiempo que los veo ahí a ellos." Nosotros le pedimos que nos dijera algo de aquel otro mundo y lo que le parecía, pero ella dijo: "No puedo describirlo. Es tan diferente, que no os lo podría hacer comprender."

Una mañana en que me encontraba en la habitación poniéndola en orden, la Sra. W., una de nuestras amables vecinas, estaba leyéndole estas palabras del Nuevo Testamento: "No se turbe vuestro corazón. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Yo voy a prepararos un lugar." (San Juan, XIV, 1 y 2.) Daisy hizo notar: "Moradas quiere decir casas, y yo no veo allí casas de verdad. Pero hay lo que serán lugares para encontrarse unos a otros. Allie habla de ir a tal o cual lugar, pero no dice nada de casas. Mire, quizás el Evangelio hable de moradas para que creamos que vamos a tener una morada en el cielo, y quizás cuando yo vaya allí encuentre un hogar. Y si es así, las flores y los árboles celestiales que tanto me gustan aquí -pues ya los veo y veo que son más hermosos que cuanto os podáis imaginar-

estarán también allí." Yo le dije: "Daisy, ¿no sabes que la Biblia habla del cielo como si fuera una hermosa ciudad?" Y ella repuso: "Yo no veo una ciudad." Y añadió con expresión intrigada: "No sé. Quizás tenga que ir allí primero."

La Sra. W., nuestra amable vecina, la que le había leído a Daisy sobre las moradas, y que estuvo con nosotros mucho tiempo, le habló a la Sra. B., otra vecina suya, acerca de la clarividencia de Daisy. La Sra. B. era una señora que no creía en un estado futuro. Por otra parte, se hallaba sumida en una gran congoja, porque acababa de perder a su marido y a un hijo de unos doce años de edad que se llamaba Bateman. Una noche vino con la Sra. W., y sentándose junto al lecho empezó a hacer preguntas.

Daisy dijo: "Bateman está aquí. Dice que vive y está bien. Se encuentra en un lugar tan bueno, que no volvería a su casa por nada del mundo. Dice que está aprendiendo a ser bueno."

Entonces la Sra. B, dijo: "Pregúntale si ha visto a su padre."

Daisy repuso: "Dice que no, que no está aquí y le está diciendo a usted: "Madre, no te aflijas por mí. Ha sido mejor que no creciera." Esta comunicación dio que pensar a la madre, que se convirtió en una firme creyente en la vida futura.

A la mañana siguiente, hallándose sola con Daisy, la Sra. W., que era quien había llevado a la Sra. B., le preguntó a Daisy cómo podía saber que el hijo de la Sra. B. era feliz. "Pues cuando vivía aquí -le dijo-ya sabes que era un niño muy malo. ¿No te acuerdas que solía blasfemar y robaros los

juguetes y romperlos? Ya sabes que no le dejábamos jugar contigo ni con mis niños por lo malo que era." Daisy repuso: "¡Oh, Aunty! ¿No sabe usted que nunca siguió la Doctrina y que siempre se le oía blasfemar? Bien sabe Dios que no tenía muchas probabilidades."

Aquel mismo día se hallaba sentada junto a ella la profesora de la Doctrina, la Sra. H., que nos hizo también no poca compañía, cuando Daisy le dijo: "Sus dos hijos están aquí." Estos niños habían pasado a la otra vida varios años antes, y si hubieran seguido viviendo, ahora estarían desarrollados casi por completo. Daisy no había oído nunca a nadie hablar de ellos, y su madre no tenía retratos suyos, por lo que ella no podía haber sabido absolutamente nada acerca de ellos antes de verlos en el mundo espiritual. Cuando se le pidió que los describiera, su descripción, que los mostraba ya desarrollados, no coincidió con la idea que la madre tenía de ellos, por lo que ésta dijo: "¿Cómo puede ser eso? Eran niños cuando murieron." Daisy contestó: "Dice Allie que los niños no siguen siendo niños, sino que crecen como lo hacen en esta vida." Entonces la Sra. H. dijo: "Pero mi hijita Mary se cayó y se hirió de tal modo que no se podía tener derecha." A lo que repuso Daisy: "Ahora está perfectamente. Está derecha y es muy hermosa, y su hijo tiene un aspecto noble y feliz."

Una vez dijo: "¡Oh, papá! ¿No oyes? Están cantando los ángeles. Sí, debes oírlo, pues la habitación está llena y yo los veo, hay muchísimos. Puedo mirar en una distancia de millas y millas."

La Sra. W., a la que ya se ha mencionado y que había perdido a su padre poco tiempo antes, quiso saber si Daisy

le había visto, y le trajo un retrato para ver si le reconocía. Pero cuando volvió por la noche, Daisy le dijo que no le había visto, y que Allie, al que le había preguntado por él, tampoco le había visto, pero que le había dicho que preguntaría por él a alguien que pudiera contestarle.

Un momento después dijo: "Allie está aquí y me dice: Dile a Aunty que su padre quiere encontrarle en el cielo, pues está aquí." Entonces la Sra. W. dijo: "Daisy, ¿por qué no tuvo Allie noticias inmediatas de mi padre?"Porque -repuso ella- los que mueren pasan a estados o lugares diferentes y no se ven unos a otros constantemente. Pero todos los buenos se encuentran en el estado de los benditos."

Durante estos últimos días de su enfermedad le gustaba a Daisy que su hermana Lulú le cantara canciones, sobre todo los cánticos de la Doctrina. Lulú le cantó una canción cuyo estribillo era:

"¡Oh angelitos, venid! Venid y rodeadme y en vuestras níveas alas llevadme a mi morada inmortal."

Cuando Lulú terminó, Daisy exclamó: "¡Oh, Lulú! ¿No es extraño? ¡Siempre habíamos creído que los ángeles tenían alas! Pero es un error; no las tienen." Lulú replicó: "Pero tienen que tener alas, pues si no, ¿cómo bajan volando del cielo?" "¡Oh! No vuelan -repuso ella-. Vienen simplemente. Cuando yo pienso en Allie, está aquí."

Una vez inquirí yo: "¿Cómo ves los ángeles?" Ella repuso: "No los veo constantemente, pero cuando los veo, las paredes parecen disiparse y puedo ver hasta muy lejos. No se podría empezar a contar la gente, unos están cerca y los conozco, a otros no los he visto nunca."

Mencionó el nombre de Mary B., la hermana de la Sra. S., que fue vecina nuestra en Nevada City, y dijo: "Ya sabes que tenía una tos muy mala, pero ahora está bien y muy guapa y me está sonriendo."

Yo estaba entonces sentada junto a su lecho, teniéndole cogida una mano. Alzando hacia mí su mirada pensativa, me dijo: "Mamá querida, quisiera que pudieras ver a Allie. Está de pie a tu lado." Involuntariamente yo miré en derredor, pero tras esto Daisy prosiguió: "Allie dice que no puedes verle porque los ojos de tu espíritu están cerrados, pero que yo sí puedo porque mi cuerpo sólo retiene mi espíritu, por así decirlo, por un hilo de vida." Entonces inquirí yo: "¿Lo ha dicho eso ahora?" "Sí, ahora mismo", repuso ella. Luego maravillándome de que pudiera estar conversando con su hermano cuando yo no notaba el menor indicio de conversación, le dije: "Daisy, cómo le hablas a Allie? Yo no te oigo ni veo que se muevan tus labios. Ella repuso sonriendo: "Hablamos con el pensamiento." Entonces volví a preguntarle: "Daisy, ¿qué aspecto tiene Allie? ¿Parece llevar ropas?" A i' lo que ella repuso: "¡Oh, no! No lleva ropas como las nuestras. Parece estar envuelto en algo blanco, hermoso, muy bonito, fino y reluciente; pero sin ningún pliegue, ni señal de un hilo, por lo que no es un tejido. Pero le da un aspecto encantador. Entonces su padre citó una frase de los Salmos: "Está vestido de luz como atavío." Y la niña repuso: "¡Oh, sí, eso es!"

Hablaba a menudo de la muerte Y Parecía tener una impresión tan vívida de su vida y felicidad futuras, que el temor de la muerte había sido desechado por completo. El misterio de la partida del alma ya no era para ella un misterio. Era únicamente una continuación de la vida, un

tránsito de la vida terrena al aire y el esplendor del cielo.

La mañana del día en que murió me pidió que le dejara un pequeño espejo. Yo titubeé, creyendo que la vista de su extenuado rostro podría ser un choque para ella. Pero su padre sentándose junto a ella, advirtió: "Deja que se vea su pobre carita siquiera." Entonces se lo di. Cogiendo el espejo con sus dos manos ella contempló un rato su imagen serena Y tristemente. Por último dijo: Este cuerpo mío o ya esta gastado. Es como ese vestido viejo de mamá que está colgado en el gabinete. Ella no lo lleva ya más y yo tampoco llevaré más mi cuerpo, porque tengo un nuevo cuerpo espiritual que lo sustituirá. En realidad ya lo tengo ahora, pues r con mis ojos espirituales veo el mundo celestial, mientras mi cuerpo está todavía aquí. Dejaréis mi cuerpo en la sepultura, porque yo no lo necesitaré más. Fue hecho para mi vida aquí, y ahora esta vida llega a su fin y este pobre cuerpo quedará abandonado y tendré un cuerpo hermoso como el de Allie." Luego me dijo a mí: "Mamá, abre las ventanas y déjame contemplar el mundo por última vez. Antes de que llegue otra mañana ya me habré ido."

Mientras yo atendía su cariñoso ruego ella le dijo a su padre: "Levántame, papá." Entonces, sostenida por su padre, miró a través de la ventana, cuyas maderas había yo abierto, y exclamó: Adiós, cielo. Adiós, árboles. Adiós, flores. Adiós, rosa blanca. Adiós, rosa roja. Adiós, mundo hermoso." Y añadió: "¡Cuánto me gusta, pero no quiero quedarme!"Aquella noche, a las ocho y media, ella misma miró la hora y advirtió: "Ahora son las ocho y media. Cuando sean las once y media, Allie vendrá a por mí."

En aquel momento se encontraba reclinada sobre el pecho de su padre con la cabeza apoyada en su hombro. Ésta era su posición favorita, pues le permitía descansar. Entonces dijo: "Papa, quiero morir así. Cuando llegue el momento ya te lo diré."

Lulú había estado cantándole canciones, y como a las ocho y media solía acostarse, se levantó para irse. Inclinándose sobre Daisy como siempre hacía la besó diciendo: "Buenas noches." Daisy sacó la mano, y golpeándola tiernamente en la cara le repuso: "Buenas noches." Cuando Lulú se encontraba a la mitad de las escaleras, Daisy le gritó con voz clara, dulce y ferviente: "Buenas noches y adiós, querida y dulce Lulú."

A eso de las once y cuarto Daisy dijo: "Ahora, papá, cógeme. Allie ha venido a por mí." Cuando su padre la hubo cogido, ella nos pidió que cantáramos. Acto seguido alguien dijo: "Llamad a Lulú", pero Daisy contestó presurosa: "No la turbéis, está durmiendo." Y luego, justamente cuando las agujas del reloj señalaban las once y media, la hora en que ella había anunciado que Allie vendría a por ella, alzó ambos brazos y dijo: "Ven, Allie", y no respiró más. Luego, al dejar sobre la almohada su cuerpo querido pero exánime, su padre exclamó: "La querida niña se ha ido." Y añadió: "Ya no sufrirá más."

Este caso -como el caso 1.°- del capítulo II-contiene uno o dos puntos especialmente interesantes. La niña

moribunda tuvo conciencia de las visiones que se le aparecían, a la vez que reconocía perfectamente a sus amigos terrenales y podía conversar con ellos sensatamente. En el caso de Daisy Dryden, la duplicidad de conciencia duró algunos días, mientras que en el de la Sra. B. sólo duró una o dos horas.

Asimismo, las descripciones que Daisy dio de sus visiones no estaban de acuerdo evidentemente con sus ideas preconcebidas de un mundo espiritual, y, sin embargo, ni una sola vez dudó de la realidad de lo que estaba aprendiendo sobre una vida separada del cuerpo material y sobre la posesión de un cuerpo espiritual.

En la página 118 de The Nurseries of Heaven se encuentra la siguiente declaración de la madre: "Aunque, en general, era una niña buena, que poseía un buen sentido común, no se diferenciaba en modo alguno de la mayoría de los demás niños. La experiencia de su agonía no fue, por lo tanto, el resultado de una vida eminentemente espiritual ni educada en lo más mínimo en la dirección del misticismo o el espiritismo moderno."

Su padre quedó tan profundamente impresionado "por lo que ella indudablemente dijo, oyó, y les reveló", que emprendió un cuidadoso estudio del Nuevo Testamento en el original griego y publicó, posteriormente, una serie de artículos sobre la cuestión (Resurrection of the Dead,

publicado por Hitchcock y Walden, Cincinnati, en 1872).

El siguiente incidente, tomado del Boletín de la S.P.R. norteamericana, del año 1918 (vol. XII, página 623), fue referido por el Dr. E.H. Pratt, de Chicago:

Cuando asistía a la escuela del Seminario de Mt. Carrol, mi hermana Hattie sufrió un ataque de difteria maligna. Se la llevó a casa para que estuviera al cuidado de nuestro padre, pero éste no pudo salvarla, y tras algunos días de mucho sufrimiento, su espíritu tendió el vuelo hacia lo que a la mayoría nos parece un espacio tenebroso e impenetrable de aterradora inmensidad. En su lecho de muerte se produjo una escena tan maravillosa, tan real, tan impresionante, que aunque en aquel entonces yo sólo contaba con diez años de edad, conservo un recuerdo tan vivido y distinto de aquel acontecimiento como si hubiera ocurrido ayer.

Su lecho ocupaba el centro de la estancia, y mi madre, mi padre, mi hermana menor y algunos amigos se hallaban de pie alrededor contemplando con ansiedad las facciones de mi querida hermana, según se disipaba en ella, poco a poco, la luz de la vida, que era sustituida por la lívida palidez de la muerte. El tránsito de Hattie no fue brusco. Fue una extinción gradual, muy tranquila y aparentemente libre de dolor. Aunque tenía tan obstruida la garganta por la membrana diftérica que su voz era muy gruesa y había que prestar suma atención para entender sus palabras, su espíritu mostraba una claridad y raciocinio insólitos.

Ella sabía que se moría y estaba diciendo a su madre cómo había de disponer de sus pequeños objetos

personales entre sus amigas íntimas y compañeras de juegos, cuando de súbito alzó la vista como si mirara al techo, hacia la parte más lejana de la estancia, y después de mirar atentamente y escuchar, al parecer, breve rato, movió ligeramente la cabeza y dijo: "Sí, abuelita, ya voy. Haga el favor de esperar un poquito." Nuestro padre le preguntó: "Hattie, ¿es que ves a tu abuelita?" Mostrándose sorprendida por la pregunta, ella contestó con presteza: "Sí, papá, ¿no la veis? Está allí esperándome." Al mismo tiempo señaló hacia el techo en la dirección en que había estado mirando. Y volviendo a dirigirse a la visión que evidentemente tenía de su abuela, frunció el ceño con cierta impaciencia y dijo: "Sí, abuelita, ya voy. Pero haga el favor de esperar un minuto."

Luego se volvió una vez más hacia su madre y acabó de decirle cómo había de repartir sus tesoros personales entre sus diferentes amistades. Por último, prestando atención una vez más a su abuelita, que al parecer la instaba a marcharse inmediatamente, nos dijo adiós a cada uno de nosotros. Su voz era muy débil y tenue, pero al mirarnos brevemente a cada uno de nosotros, había en sus ojos un fulgor de vida e inteligencia. Luego clavó fijamente la vista en su visión y dijo tan débilmente que apenas pudimos percibir sus palabras: "Sí, abuelita, ahora voy." Y sin debatirse ni evidenciar ningún género de dolor, miró fijamente hacia donde nos había dicho que veía a su abuelita, hasta que la ausencia de oxígeno en su sangre, pues la respiración había cesado, cubrió sus manos y su rostro con la palidez de la carne inanimada. Mostró tal lucidez, tal seguridad de la visión y presencia de la abuela, con la que habló tan naturalmente y tan sorprendida de que los demás no pudiéramos verla, y la variación de su atención y su conversación entre su abuela y su padre y su madre

quedaron tan distintamente grabadas en la cámara fotográfica de mi cerebro que, desde entonces, nunca he podido poner en duda la evidencia de la continuación de la vida, distinta y reconocible, después de la muerte.

Su abuela había muerto algunos años antes y siempre habían sido las dos muy buenas amigas, y su mutuo reconocimiento al abandonar Hattie su cuerpo para unirse a su querida abuelita en las regiones situadas fuera del alcance visual de nuestros ojos físicos fue tan indiscutible y tan completo en todos sus detalles, que me parece imposible explicar este notable acontecimiento con ninguna teoría, salvo que su abuela vivía y conservaba hasta tal punto su aspecto terrenal, que Hattie la reconoció instantánea e indiscutiblemente.

El siguiente caso fue comunicado a la S.P.R. norteamericana por el Sr. S.B. Bennett (véase el Boletín de la S.P.R. norteamericana de 1918, vol. XII, pág. 607).

Pittston, Pa. 15 de diciembre de 1906 El Sr. G.H. Tench murió en 1902, después de varios años de pacientes aunque intensos sufrimientos producidos por un cáncer. Vivía en Wilkes-Barre, pero anteriormente fue vecino mío en West Pittston. Durante algún tiempo trabajó como capataz a mis órdenes, manifestándonos mutua confianza y estima. Luego recibió una oferta ventajosa y merecida de otra compañía carbonífera, pero nuestras relaciones personales siguieron siendo las mismas. Durante sus últimas semanas yo fui a atenderle con toda la frecuencia que podía, yendo y viniendo por ferrocarril. Aunque sufría intensamente no

quiso tomar narcóticos ni estimulantes, diciendo: "He vivido como Hall Tench y quiero morir igual." La noche que llegó el fin despertó a su hijo menor diciéndole que fuese a avisar a la familia porque se estaba muriendo. Les habló a todos con absoluto raciocinio y con todo su conocimiento. Después llegó a la casa un hermano suyo, y al entrar en la habitación G.H. Tench dijo: "Adiós, Will. Me voy en seguida", y cerró los ojos. La familia creyó que había llegado el fin, pero tras un breve intervalo él abrió los ojos, y mirando por encima de los pies de la cama, con la cabeza erguida y dando muestras de interés, dijo clara y distintamente: "Anda, todas son gentes sencillas." Esto puso fin a la escena, que me la describió su esposa poco después del funeral.

Ahora bien, Tench no era un hombre religioso, aunque fue auxiliado en sus últimos instantes por un ministro metodista, pero era un hombre moral y recto en todos los aspectos de la vida, y absolutamente valeroso, como lo probó su negativa a amortiguar su sensibilidad para ahorrarse sufrimiento. No estaba muy instruido ni había leído mucho, pero, sin embargo, no me cabe duda que había reflexionado sobre el estado que se le ofrecía ante sí, y es probable que se hallara embebido en una idea fija. ¿No es posible que al final manifestara su sorpresa de que los que le aguardaban fueran "gentes sencillas"? Les presento esto como un hecho.

S.B. Bennet

El siguiente relato apareció en el Boletín de la S.P.R. norteamericana (1918, pág. 603), habiendo sido enviado al profesor Hyslop por el Sr. Rud. C. Gittermann, miembro de la S.P.R. inglesa. Éste escribe como sigue:

Mi padre murió en Alemania, el 18 de marzo de 1892, y entonces mi madre se vino a vivir con nosotros a Odesa. Poco después ella cayó enferma, y murió el 6 de mayo del año siguiente, 1893. Tanto ella como mi madre se habían mostrado siempre sumamente escépticos respecto a la existencia y supervivencia del alma.

Pocos minutos antes de morir mi madre recobró el conocimiento (pues había permanecido en estado comatoso durante dos horas antes), se irguió en el lecho, extendió los brazos, y con una sonrisa de dicha exclamó: "¡Papá!, ¡papá!", como si le hubiera visto de pronto delante de ella. Inmediatamente después se desplomó en los brazos de mi esposa y expiró.

Mi madre solía llamar "Papá" a su marido, lo mismo que lo hacíamos sus hijos. Certifico que esto es un relato absolutamente cierto de lo que tuvo lugar.

Rud. C. Gittermann

El siguiente relato abreviado, que corresponde a los últimos días del poeta norteamericano Horacio Traubel, está tomado de una narración más extensa publicada en el Boletín de la

S.P.R. norteamericana del año 1921 (vol. XV, págs. 114-123).

Horacio Traubel (1858-1919) era el Boswel de Walt Whitman. Fue autor también de varios volúmenes de poemas del tipo de los de Whitman, que son considerados por algunos de sus discípulos como de igual valor que los de su maestro. Fue también fundador del conocido Club Contemporáneo de Filadelfia.

El relato abreviado fue escrito por la Sra. Flora Macdonald Denison, que se halló presente en el momento de su muerte, y se publicó en el número correspondiente a los meses de abril y mayo de una revista titulada The Sunset of Bon Echo. Dice así:

El 28 de agosto Horacio estuvo todo el día muy abatido. La enfermedad de Anne y la marcha de los Bains era demasiado para él. Mildred le acompañó mucho tiempo, y decidimos no dejarle solo un minuto. Había sido llevado desde la veranda y se mostraba absolutamente radiante, y al verme a mí exclamó: "Mire, mire, Flora, pronto, pronto, que se va." "¿Qué, Horacio? -dije yo-. ¿Qué es lo que ve? Yo no veo a nadie." "Encima de aquella roca ha aparecido Walt, con la cabeza, los hombros y el sombrero envuelto en una dorada nube de gloria, resplandeciente y espléndida. Me tranquilizó, me hizo señas y me habló. Yo he oído su voz, pero no he entendido todo lo que me ha dicho sino únicamente ven."

No tardó en llegar Frank Bain, y Horacio le repitió su historia. Durante el resto de la noche Horacio se mostró reanimado y feliz. A menudo solía decir: "No me despreciéis por mi debilidad." Pero ahora se mostraba muy confiado y hasta jovial cuando yo le tendí una poción.

La noche del 3 de septiembre Horacio estaba muy decaído. Yo permanecí algunas horas a su lado. Una vez puso los ojos en blanco; yo creí que iba a agonizar, pero me pidió que le diera la vuelta. Al hacerlo así se puso a escuchar y pareció oír algo. Luego dijo: "Oigo la voz de Walt. Está hablándome." Yo le dije: "¿Qué es lo que le dice?" Y él repuso: "Walt me dice: Ven, ven." Al cabo de un rato añadió:

"Flora, los veo a todos alrededor de mí, a Bob y a Bucke, a Walt y a los demás."

El coronel Cosgrave había estado por la tarde con Horacio y había visto a Walt en el lado opuesto del lecho y había percibido su presencia. Luego Walt había pasado a través de la cama y había tocado la mano del coronel, que la tenía en el bolsillo. Este contacto fue como una sacudida eléctrica. Horacio se dio cuenta también de la presencia visible de Walt y lo dijo. No invadía la casa un ambiente lúgubre. Nadie parecía abatido. Una sensación de triunfo, de orgullo y de exaltación saturaba la atmósfera.

Posteriormente el Sr. Walter Prince, de la S.P.R. norteamericana, recibió una carta del coronel Cosgrave confirmando las manifestaciones hechas por la Sra. Flora Denison.

Existen varios casos, de los que se conservan relatos en los Proceedings de la S.P.R. y en otros sitios, en los que las personas que se hallaban velando a un pariente moribundo han tenido visiones de formas de espíritus aparecidas junto al lecho.

En un caso (véase los Proceedings de la S.P.R., vol. VI, pág. 293) dos mujeres que velaban a una hermana moribunda llamada Carlota vieron un brillante resplandor, y dentro de él dos jóvenes semblantes que revoloteaban sobre el lecho mirando a Carlota. La hermana mayor reconoció estas caras como pertenecientes a dos hermanos suyos, William y John, que habían fallecido cuando ella era joven. Las dos hermanas siguieron contemplando las caras hasta que "se desvanecieron poco a poco como un cuadro lavado", y poco después su hermana Carlota murió.

El Sr. Podmore, que investigó este caso, hace notar que es posible que la visión fuera debida a un influjo telepático de la persona moribunda, pero esta explicación es menos sólida y tan improbable como la percepción de formas de espíritus por la persona moribunda y a veces por los circunstantes. El Sr. Podmore, con su acostumbrado prejuicio contra toda explicación supranormal, destaca al respecto que "las imágenes asociadas tradicionalmente con la muerte reciben una personificación sensorial". Pero este punto de vista no puede aplicarse a los dos casos siguientes, en los que, siendo los receptores niños pequeños, difícilmente podría suponerse que tenían imágenes mentales asociadas tradicionalmente con la muerte, así como tampoco explica esta teoría la "alucinación colectiva" descrita en el caso de la Srta. Pearson. El siguiente caso lo cita Stainton Moses:

La Srta. H., hija de un eclesiástico inglés, se hallaba asistiendo a un niño moribundo. Un hermanito de éste, de tres o cuatro años de edad, estaba acostado en la misma habitación. Cuando el primero estaba agonizando, su hermanito se despertó y, señalando al techo con una expresión de gran alegría, exclamó: "¡Madre, mira qué señoras tan hermosas hay alrededor de mi hermano! ¡Qué lindas son! Quieren llevárselo." En aquel momento el niño expiró.

Otro caso lo refiere el Sr. Pelusi, bibliotecario de la Biblioteca de Víctor Manuel, de Roma (Luce e Ombra, 1920, 20):

Una niña de tres años, llamada Hipólita Notari, que sufría una parálisis parcial, se hallaba en la misma

habitación en que un hermanito suyo de cuatro meses estaba agonizando.

El padre, la madre y la abuela de los dos niños se hallaban presentes. Unos quince minutos antes de que muriera el infante, la pequeña Hipólita extendió los brazos diciendo:

"¡Mamá, mira la tía Olga!" Esta señora era una hermana menor de la Sra. Notari que se había suicidado un año antes por una contrariedad amorosa. Los padres le preguntaron: "¿Dónde ves a la tía Olga?" Y la niña repuso: "¡Allí, allí!", y trató insistentemente de abandonar el lecho para correr hacia su tía. Los padres la dejaron levantarse y ella corrió hacia una silla vacía, y se mostró muy decepcionada porque la visión se había trasladado a otro punto de la habitación. La niña se volvió y dijo, señalando a un rincón: "La tía Olga está allí." Luego se tranquilizó y el niño murió.

En el siguiente caso, que fue comunicado por el profesor W.C. Crosby, miembro de la S.P.R. (Proceedings, S.P.R., vol. VIII, págs. 229-231), la visión fue percibida por la enfermera durante el estado de inconsciencia de la paciente moribunda. El fantasma visto era desconocido para la enfermera.

La Sra. Carolina Regers, de setenta y dos años de edad, viuda, que había estado casada dos veces y cuyo primer marido, el Sr. Tisdale, había fallecido hacía unos treinta y cinco años, vivió durante los últimos veinticinco años de su vida en Ashland Street, Roslindale (Massachusetts), y desde que murió su último hijo vivía completamente sola. A primeros de marzo del año en que murió, tuvo un ataque de parálisis, y, tras una enfermedad que duró cerca de seis

semanas, murió en la tarde del martes 15 de abril.

La Sra. Mary Wilson, enfermera profesional, de cuarenta y cinco años de edad, asistió a la Sra. Rogers durante su enfermedad, permaneciendo casi constantemente a su lado hasta que murió. Nunca había visto a la Sra. Rogers antes de la enfermedad de esta última, y, por lo tanto, no sabía nada de su familia ni de su vida. La Sra. Rogers habló frecuentemente a la Sra. Wilson lo mismo que a otros, como había sido siempre su costumbre, acerca de su segundo marido, el Sr. Rogers, y de sus hijos, manifestando el deseo de volverlos a ver, etc.

La tarde del 14 de abril, la Sra. Rogers perdió el conocimiento, y así continuó hasta que ocurrió su muerte veinticuatro horas después. La Sra. Wilson permaneció a su lado durante toda la noche del lunes. Una hija de la Sra. Wilson llamada Ida, de veinticinco años de edad, hizo compañía a su madre, y un muchacho de diez o doce años durmió en una habitación contigua para poderlo llamar en caso de necesidad. Estas cuatro eran las únicas personas que había en la casa. Las puertas exteriores estaban bien cerradas. La puerta que conducía desde la habitación de la enferma, situada en el segundo piso, al vestíbulo, se mantuvo siempre cerrada, porque se hallaba junto al pie de la cama de la Sra. Rogers, y para entrar en el cuarto de la enferma había que pasar del recibidor del piso superior a la sala, a través de una puerta que aquella noche estuvo cerrada, y atravesar después el cuarto en que dormía el muchacho, comunicando ambas habitaciones por una puerta que se había abierto en la pared de un pequeño gabinete. Esta puerta hacía frente en sentido diagonal a la cama en que yacía la Sra. Rogers. La Sra. Wilson descansaba

en un canapé que formaba ángulo recto con la cabecera de la cama de la Sra. Rogers, por lo que, al reclinarse en él, su cara se hallaba casi justamente frente a la puerta y a no más de diez o doce pies de ella. La lámpara, que lució brillantemente durante toda la noche, se encontraba en una mesita situada en el rincón de la pared opuesto a la puerta, y la joven Ida ocupaba un canapé apoyado contra la pared y situado entre la lámpara y la puerta.

La Sra. Wilson se hallaba muy fatigada por su larga vigilia. Creyendo que la Sra. Rogers estaba agonizando sentía, como es natural, gran nerviosismo y temor, y habiendo oído hablar frecuentemente a la Sra. Rogers de que veía a sus amigos difuntos, etc., experimentaba una sensación de expectación y temor con respecto a posible visitas sobrenaturales. Entre las dos y las tres de la mañana, estando su hija dormida y cuando ella descansaba en el canapé, pero bien despierta, se le ocurrió mirar hacia la puerta del cuarto adjunto y vio a un hombre de pie en el mismo umbral que dejaba ver la puerta abierta. Era de edad mediana y de anchos hombros, cargado de espaldas y tenía una tez rubicunda, cabello y barba rojizos (iba descubierto) y llevaba un sobretodo marrón desabrochado. Su expresión era grave, ni severa ni afable, y parecía mirar directamente a la Sra. Wilson y luego a la Sra. Rogers sin moverse. La Sra. Wilson supuso, por supuesto, que se trataba de un hombre real y trató de imaginarse cómo podría haber entrado en la casa. Luego, como él seguía inmóvil, ella empezó a comprender que aquello era algo misterioso, y, asustada, volvió la cabeza y llamó a su hija, que dormía todavía en el canapé, y la despertó. Cuando volvió a mirar hacia la puerta, tras un intervalo de uno o dos minutos, la aparición había desaparecido. Tanto su llegada como su partida fueron

silenciosas y la Sra. Rogers siguió perfectamente tranquila, y por lo que pudo saberse, permaneció completamente inconsciente durante este tiempo. Como el cuarto a que conducía aquella puerta se hallaba completamente a oscuras, no hubo posibilidad de observar si la aparición era o no transparente. La Sra. Wilson entró después en ese cuarto y en la sala, pero no examinó la planta baja de la casa hasta por la mañana, encontrándose las puertas bien cerradas y todas las cosas en orden.

Por la mañana llamó a la casa de la Sra. Hildreth, sobrina de la Sra. Rogers, que vivía en la vecindad y conocía a la Sra. Rogers y a su familia desde hacía muchos años. La Sra. Wilson le relató lo que había visto y le preguntó si la aparición se parecía al Sr. Rogers, a lo que la Sra. Hildreth contestó negativamente de modo categórico. (Todos los que conocían al Sr. Rogers están de acuerdo en este punto.) Entonces quedó interrumpida la conversación, pero al ser reanudada después en aquel mismo día, la Sra. Hildreth dijo que la descripción de la Sra. Wilson coincidía exactamente con el Sr. Tisdale, el primer marido de la Sra. Rogers. La Sra. Rogers vino a Roslindale después de casarse con el Sr. Rogers, y la Sra. Hildreth es la única persona de aquel vecindario que había visto alguna vez al Sr. Tisdale. En casa de la Sra. Rogers no hay ningún retrato suyo ni nada que sugiera su aspecto personal. La Sra. Wilson está convencida también de que la aparición no se parecía a nadie que ella hubiera conocido. La Sra. Wilson ha tenido antes otras apariciones análogas, y una de ellas, por lo menos, que sucedió cuando tenía dieciocho años, parece ser verídica.

El transcrito relato de mi experiencia es exacto en todos sus detalles. Mary Wilson.

Lo que precede es un relato completo y exacto de la experiencia de la Sra. Wilson, tal como ella me lo relató en la mañana del 15 de abril.

F.E. Hildreth

5 de junio 1890

La Sra. Wilson y la Sra. Hildreth me han dado la impresión de ser personas inteligentes, absolutamente honradas y veraces, y no dudo de que la experiencia de la Sra. Wilson fuera real y sustancialmente tal como ella la ha descrito.

W.O. Crosby

CAPÍTULO IV

Visiones de personas vistas por el moribundo a distancia y en algunos casos reciprocas

Ahora llegamos a una clase amplia y un tanto distinta de casos en los que ya no se alza para los perceptores moribundos el velo que oculta el mundo espiritual, sino en los que sus almas parecen ser transportadas a un lugar distinto de la tierra, y logran ver personas que pueden encontrarse a una distancia remota. Estos casos suelen llamarse fenómenos de "clarividencia a distancia", y en el libro Phantasms of the Living, al que remito a mis lectores, pueden encontrarse numerosos fenómenos bien probados de esta índole.

Hay algunos casos, sin embargo, que merecen especial mención. Son aquellos en los que las personas moribundas no sólo parecen hacerse visibles a distancia, sino que también informan a los que les rodean acerca de dónde han estado y de que han visitado a quienes deseaban ver. Uno de los más notables y patéticos de estos casos llamados "recíprocos" me fue referido por esa inteligente y venerable dama cuáquera llamada Srta. Ana María Fox, cuan do hicimos un viaje al Canadá para asistir a la Asamblea de la Asociación Británica en 1884. La Srta. Fox y su hermana fueron bien conocidas por los sabios de la última generación (véase Memoirs of Caroline Fox), pues su bella residencia "Penjerrick", situada cerca de Falmouth, en Cornwall, era el punto de cita de numerosos sabios y literatos eminentes, y hace cerca de cincuenta años yo tuve el privilegio de gozar de su hospitalidad. Cuando refirió el incidente, la Srta. Fox

hizo referencia a sus parientes, los Birkbecks, como personas que podrían confirmarlo, confirmación que conseguí cuando posteriormente hice indagaciones.

El Sr. Myers ha dado un relato abreviado de este mismo caso (véase Phantasms of the Living, vol. 11. pág. 560), que él lo conoció por otro miembro de la misma familia, la Sra. de Charles Fox, de F Falmouth, que había oído el relato a uno de los médiums.

El incidente se remonta a cerca de dos siglos, pero como dice el Sr. Myers, la familia Fox solía conservar cuidadosamente las pruebas de este género. Como ilustración de este hecho diré que el relato que me hizo a mí la Srta. Ana María Fox era prácticamente idéntico al dado por la Sra. de Charles Fox, que copio a continuación:

En 1739, la Sra. Birkbeck, esposa de William Birkbeck, banquero de Settle y miembro de la Sociedad de Amigos, cayó enferma y murió en Cockermouth cuando regresaba de un viaje a Escocia que había emprendido sola, pues su marido y tres hijos de siete, cinco y cuatro años de edad, respectivamente, se habían quedado en Settle. A los amigos en cuya casa acaeció la muerte se les ocurrió tomar nota de cuantas circunstancias acompañaron a las últimas horas de la Sra. Birkbeck, por lo que la exactitud de las diversas manifestaciones, tanto en cuanto al tiempo como respecto al lugar, se hallaba libre de la incertidumbre de la memoria humana o de todo intento inconsciente de coordinarlas.

Una mañana, entre las siete y las ocho, el pariente a cuyo cuidado se habían confiado los niños en Settle, y que llevaba un minucioso diario de todo cuanto les concernía,

subió a su dormitorio, como de costumbre, y los encontró sentados en la cama dando muestras de gran excitación y alegría. "¡Mamá ha estado aquí!", exclamaron, y la niña pequeña dijo: "Me ha dicho a mí: ¡Ven, Esther!"

Nada podía hacerles dudar del hecho, que se anotó escrupulosamente para distraer a la madre cuando regresara a su hogar. Aquella misma mañana, según yacía su madre en su lecho de muerte de Cockermouth, dijo: "Estaría dispuesta a irme si pudiera ver a mis hijos." Entonces cerró los ojos, haciendo pensar a sus amigos que ya no los volvería a abrir más. Pero tras diez minutos de perfecta quietud, alzó su mirada resplandeciente y dijo: "Ahora estoy dispuesta. Ya he estado con mis hijos", y a continuación expiró serenamente. Cuando se compararon las dos notas tomadas en los dos sitios, el día, la hora y los minutos resultaron ser los mismos.

Uno de los tres niños era mi abuela, Sarah Birkbeck de nacimiento y después esposa del Dr. Fell, de Ulverston. De sus labios oí yo lo transcrito casi exactamente igual que lo he repetido. El niño mayor era Morris Birkbeck, después de Guildford. Ambos vivieron hasta edad avanzada y conservaron hasta su último momento un recuerdo tan solemne y respetuoso del caso, que rara vez hablaban de ello. Esther, la niña menor, murió poco después. Su hermano y su hermana oyeron decir a la niña que su madre la había llamado. Pero no pudieron decir con certeza si habían oído las palabras ni percibieron otra cosa que la presencia de su madre que les contemplaba.

El caso de la Sra. Goffe es también de fecha remota (1691), pero está tomado de un relato contemporáneo hecho por el Rev. T. Tilson en una carta que éste dirigió al

famoso adivino Ricardo Baxter, que publicó en su libro titulado The World of Spirits (págs. 147-151). Este caso se cita en el libro Phantasms of the Living (vol. 11, págs. 558-559), y los autores manifiestan que no puede impugnarse el relato fundándose en una credulidad excesiva por parte de Baxter, y citan una opinión autorizada acerca de este punto. Se verá que los incidentes del siguiente relato guardan una curiosa analogía con los del caso precedente de la Sra. Birkbeck. Aunque la carta del Sr. Tilson que copiamos a continuación es un poco larga, vale más dar sus mismas palabras que un extracto.

6 de julio de 1691 Encontrándose Mary, la esposa de John Goffe, de Rochester, afligida por una larga enfermedad, se trasladó a la casa que ocupaba su padre en West Mulling, a unas nueve millas de la suya. Allí fue donde murió el 4 de junio de 1691. El día anterior a su fallecimiento manifestó un impaciente deseo de ver a sus hijos, a los que había dejado en su casa al cuidado de una niñera, y suplicó a su marido que alquilara un caballo, pues quería ir a su casa a morir junto a sus hijos.

Entre la una y las dos de la madrugada se sumió en un éxtasis. La viuda Turner, que la atendía aquella noche, dice que tenía los ojos abiertos y fijos, y la mandíbula caída. Ella le puso su mano ante la boca y la nariz, pero no percibió el menor aliento. Creyó que había sufrido un síncope y dudó si estaría viva o muerta. Al día siguiente, la moribunda le dijo a su madre que había estado en casa de sus hijos. "Eso es imposible -le dijo su madre-, puesto que has estado aquí en la cama todo el tiempo." "Sí -repuso ella-, pero estuve con ellos anoche cuando estaba dormida."

La niñera de Rochester, llamada viuda de Alexander, afirma y dice que prestaría juramento de ello ante un magistrado y que recibiría los Sacramentos sobre ello, que poco antes de las dos de aquella madrugada vio que la imagen de la dicha Mary Goffe salió de la habitación contigua (en donde descansaba el niño mayor en un lecho próximo al suyo, pues la puerta quedaba abierta), y permaneció junto a su cabecera durante aproximadamente un cuarto de hora. El niño más pequeño descansaba allí junto a ella. La aparición movió los ojos y la boca, pero no dijo nada. La niñera dice, además, que se encontraba absolutamente despierta; ya era entonces de día, pues era aquél uno de los días más largos del año. Ella se sentó en la cama y miró fijamente a la aparición. En aquel momento oyó dar las dos en el reloj del puente, y un momento después exclamó: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¿quién eres?" Tras lo cual la aparición se apartó y desapareció.

La niñera se vistió y la siguió, pero no pudo saber qué había sido de ella. Entonces, pero no antes, empezó a sentirse asustada, y saliendo de la casa estuvo paseando durante algunas horas por el muelle (la casa se encuentra junto a la orilla del río), entrando sólo de vez en cuando a ver a los niños. A las cinco se fue a casa de unos vecinos y llamó a la puerta, pero no se levantaron. A las seis volvió y entonces se levantaron y la hicieron entrar. Ella relató lo que había sucedido y ellos trataron de persuadirla de que había sufrido un error, o había soñado. Pero ella se ratificó con certeza: "Si es verdad que la he visto alguna vez en mi vida, la he visto esta noche." (El autor de la carta da aquí un relato de cómo confirmó la anterior narración uno de aquellos a quienes la niñera relató la historia.)

La esencia de este acontecimiento me la relató a mí John Carpenter, el padre de la difunta, al día siguiente del sepelio de ésta, el 2 de julio. Yo discutí ampliamente el asunto con la niñera y dos vecinos (aquellos a cuya casa se fue ésta aquella mañana). Dos días después lo supe por la madre de la muerta, el sacerdote que la acompañó por la noche y la mujer que la asistió la última noche. Todos ellos coinciden en la misma historia, y cada uno de ellos contribuye a fortalecer el testimonio del otro. Todos parecen ser personas sobrias, inteligentes, harto incapaces de proponerse engañar al mundo ni de tramar una mentira, y tampoco puedo concebir qué tentación podría inducirles a hacerlo.

Thomas Wilson

El siguiente caso, facilitado también por el Sr. Myers, es el relato que hizo al Sr. Myers la familia Ellis de una visión que había tenido su padre, moribundo en Kensington, de su hijo que a la sazón se encontraba en Australia. Las Srtas. Ellis manifiestan:

El miércoles 29 de diciembre de 1869, mi padre, que se hallaba gravemente enfermo a la sazón, se despertó de un sueño e irguiéndose en el lecho señaló y miró con suma atención a un rincón de la estancia, y nos dijo (a mi hermana Mary y a mí): "¡Mirad! ¿No veis? ¡Es la cabeza de mi pobre hijo Bob!" Luego, volviéndose a mí, dijo: "Norman Town, no lo olvides, golfo de Carpentaria." Entonces se desplomó agotado. Esto sucedió sobre las tres de la tarde. Después de su muerte descubrimos que había anotado en su cuaderno en tinta roja la dirección de mi hermano, que había partido de Bourke Town, yéndose a Norman Town, por lo que las

cartas siguientes se las enviamos allí.

Mi padre murió el jueves 30 de diciembre de 1869. Cuando mi hermano regresó de Australia algunos años después, nos dijo que una noche que se hallaba acampado al aire libre, se había ido a descansar, se había dormido y se despertó viendo claramente la cabeza de mi padre en un punto de su tienda.

Esto le causó tal impresión, que se fue a la tienda contigua, en la que se encontraba su compañero, y le dijo: "He visto a mi padre. Debes venir y quedarte conmigo." En el correo inmediato recibió la carta mía que le comunicaba la muerte de mi padre.

Mi hermano dice que debían de ser las tres de la madrugada cuando vio a mi padre. ¿No correspondería ese momento con las tres de la tarde nuestras? Yo he creído siempre que debieron de verse uno al otro al mismo tiempo.

Alice Ellis y Mary Ellis

El Sr. Myers manifiesta que, en conversación con las narradoras, averiguó que el Sr. Ellis no deliró en lo más mínimo durante sus últimos días y que quería profundamente a su hijo ausente.

En este caso, y en relación con la visión que tuvo el Sr. Robert Ellis de su padre, puede ser interesante destacar que la Sra. de Robert Ellis cita otro caso de aparición que le ocurrió a su madre algunos años después. Dice la Sra. Ellis que el martes 19 de diciembre de 1876, entre las seis y las siete de la tarde, y cuando ella y el Sr. Ellis estaban sentados hablando, éste se quedó mirando de pronto por encima de

su hombro con aire alarmado y casi aterrorizado, y al preguntarle de qué se trataba dijo que había creído ver que alguien entraba por la puerta. Posteriormente declaró que veía claramente la alta silueta de un hombre, pero que no podía distinguir sus facciones. Luego se mostró sumamente agitado. Más tarde se recibió un telegrama dando cuenta de la muerte repentina de un hermano de la Sra. Ellis que se encontraba en Méjico y que había tenido lugar el martes 19 de diciembre a las siete de la tarde. El Sr. Robert Ellis y él habían sido grandes amigos.

El siguiente caso está tomado de Phantasms of the Living, vol. 11, pág. 253.

La señora que nos envía el siguiente relato ocupa un puesto de gran responsabilidad y desea que no se publique su nombre, aunque se le puede facilitar a los investigadores:

Cuando yo tenía ocho meses de edad, la hermana menor de mi madre, Merey Cox, vino a residir con nosotros y a hacerse cargo de mí. El puesto de mi padre como retratista en la corte belga le obligaba a estar mucho tiempo en el extranjero, y yo quedé casi por completo al cuidado de mi hermosa tía. El afecto que subsistió entre nosotras casi llegó a convertirse en idolatría, y mi pobre madre lloró amargamente cuando regresó a casa al ver lo poco que me cuidaba yo de los demás. Mi tía cogió un resfriado y durante tres años estuvo decayendo. Yo era una niña vivaracha y podía leer bien y hasta jugar bastante, por lo que fui su compañera constante día y noche.

Nuestro médico, el Sr. Field, de la Charter Mouse, reprobó mucho este estrecho contacto e instó a mis padres

para que me alejaran de allí. Esto fue una empresa de difícil ejecución, y su sola mención hacía desmayarse a mi tía. Por último, el Sr. Cumberland (el publicista teatral) sugirió la idea de que me fuera con sus dos hijas (Carolina, de dieciséis años, y Lavinia, más joven), a casa de la Sra. Hewetson, viuda de un sacerdote que residía en Stourpaine (Dorsetshire) y que sólo admitía cuatro señoritas. Esto se le representó a mi tía como algo tan maravillosamente bueno y ventajoso para mí, que accedió a la separación.

Se me hizo un retrato que fue colocado junto a su lecho, y aún recuerdo cuán constantemente me hablaba acerca de nuestra separación. Ella sabía que se moriría antes de que hubiera transcurrido un año desde mi ausencia. Me habló de esto y de lo pronto que yo la olvidaría, pero aseguró con vehemencia que ella iría a verme allí. Unas veces iría como una vendedora de manzanas para que le comprara fruta; otras, como una doncella que buscaba colocación: ella me conocería siempre, pero yo no la conocería a ella hasta que grité y supliqué conocerla.

Yo tenía solamente nueve años cuando me enviaron afuera, y los viajes en diligencia eran en aquellos días sumamente largos. También las cartas tardaban en llegar, y yo recibía rara vez alguna. Mis padres tenían dolencias y trastornos y creían las noticias que yo les daba de que estaba bien y era feliz, aunque era muy desdichada y me trataban muy mal. Una mañana, al romper el día (que era el de Año Nuevo) me hallaba durmiendo junto a Lavinia. Ambas compartíamos una camita de blanco baldaquín con cortinas, mientras Carolina -a la que yo miraba con temor, pues tenía dieciséis años dormía en otra cama análoga al otro extremo de una habitación larga y estrecha, hallándose colocadas las camas de modo que sus pies se hacían frente,

y a ambos lados de las cabeceras colgaban dos cortinas blancas. Aquella mañana de Año Nuevo fui despertada bruscamente por Lavinia, que me sacudió exclamando: "¡Oh, mira allí! Tu tía está en la cama con Carolina." Al ver dos personas dormidas en la cama yo salté de la mía y corrí al lado derecho de aquélla. En ella reposaba mi tía, un poco vuelta del lado derecho, profundamente dormida y con la boca entreabierta. Yo reconocí su camisón y su gorro de dormir. Me quedé aturdida, preguntándome con cierto asombro infantil cuándo podría haber venido; debía de haber sido después de que yo me acostara. Los gritos de Lavinia despertaron a Carolina, que en cuanto se dio cuenta de lo que se trataba cogió las cortinas de la cama y se tapó con ellas. Yo las aparté, pero sólo encontré a Carolina, que se hallaba casi desmayada de espanto. Esta Srta. Cumberland se convirtió después en la Sra. de Part, célebre doctor de Camden Terrace (ya fallecido).

Yo no hablé nunca de lo que había sucedido, pero después de haber regresado a casa le dije un día a mi madre: "¿No sabes, mamá? Cuando estaba en el colegio vi a la tía."

Esto condujo a una explicación, pero mi madre, en lugar de no hacer ningún comentario, se fue a buscar a su madre y le dijo: "Escucha lo que dice la niña." Aun siendo pequeña como era yo, observé que aquello les había chocado considerablemente, pero no quisieron decirme nada, salvo que cuando fuera mayor lo sabría todo. Por fin llegó un día en que supe que mi querida tía había sufrido muchísimo debido al ruido de las campanas de St. Bride que anunciaban el Año Nuevo. Mi padre trató de conseguir que las hicieran callar, pero no lo logró. Hacia la madrugada mi

tía perdió el conocimiento. Cuando mi madre y mi abuela se hallaban sentadas a ambos lados de ella cogiéndole las manos, se despertó y le dijo a mi madre: "Ahora moriré feliz, Anna. Ya he visto a mi querida niña." Estas fueron sus últimas palabras.

D.E.W.

En la época del incidente relatado aquí no se llevaba registro general de las muertes, y hemos recurrido sin éxito a todos los medios para descubrir alguna noticia de este fallecimiento. Pero hemos podido procurarnos un certificado del enterramiento de Merey Cox, que tuvo lugar el 11 de enero de 1829. Esto es perfectamente compatible con la declaración de que la muerte acaeció el 1 de enero (aunque semejante intervalo, aun en invierno, es indudablemente insólito), a pesar que esta señora fue enterrada en un panteón de familia, y seguramente hubo que construir un ataúd de plomo. El 1 de enero habría sido, en el peor de los casos, un día crítico en su enfermedad. En cuanto a la fecha de la aparición, el marcado carácter del día de Año Nuevo favorece decididamente la probabilidad de que la memoria de la Srta. W. le sea fiel. En respuesta a ciertas preguntas, la Srta. W. ha dicho: Yo nací en 1819. La muerte de mi tía tuvo lugar en 1829. Aunque a mis más íntimos amigos -como Sir Philip Crampton y el difunto conde y las condesas de Dunravenles he mencionado a menudo el acontecimiento (y también al juez Halliburton), creo que nunca lo he descrito extensamente, salvo a Lord Dunraven y su madre, en 1850, que mostraron grandes deseos de publicarlo, pero yo no quise. Creo que un gran motivo que he tenido siempre para no hablar del hecho era el terror que inspiraba a mi madre y sus órdenes rigurosas de que "no se

lo mencionara a nadie". Además, cuando fui al colegio perdí de vista a Lavinia de Cumberland, y temí los comentarios de personas extrañas.

En conversación con la Srta. W., ésta añadió que nunca había experimentado ninguna otra alucinación, así como que las jóvenes Cumberland habían visitado su casa y habían visto a su tía, lo cual explica que Lavinia reconociera la aparición. (Por un pariente de la Srta. Lavinia Cumberland hemos sabido que ésta no se acuerda del incidente, pero que recuerda haber oído hablar a su hermana de un "caso de fantasmas" en el que ellas habían participado en cierta parte.)

El siguiente caso lo describe el Sr. Myers en Phantasms of the Living (vol. 11, pág. 305), y destaca que es un relato de cuya exactitud no cabe dudar, ya que el narrador, el Dr. O.B. Ormsby (que escribió desde un lugar llamado Murphysborough, en Illinois, U.S.A., en 1884) se había relacionado con el Sr. Myers y había contestado a sus preguntas. El relato, que yo abrevio, dice así:

En 1862 el Dr. Ormsby se hallaba en funciones de segundo cirujano del 18.°- Regimiento de Voluntarios de Illinois. Habiendo partido el Regimiento para atacar el Fuerte Enrique, él se quedó atrás al cuidado de los enfermos. Entre éstos se encontraba un joven llamado Alberto Adams, sargento mayor, y por el que el doctor parece ser que sentía especial interés, pues le sacó del hospital y lo llevó a una casa particular. El departamento contiguo al ocupado por el paciente se hallaba separado de su propia habitación por un débil tabique, y esta habitación estaba ocupada por la esposa del doctor. El hombre estaba agonizando, y durante toda la tarde sólo pudo hablar en susurros. Se mandó llamar

a su padre, y a las once de la noche, según todas las apariencias, el sargento Adams murió.

El Dr. Ormsby, que a la sazón se hallaba al lado del padre junto a la cabecera, dice que creyendo que el desolado padre iba a desfallecer de dolor, le condujo a una silla situada en la parte posterior de la estancia, y luego volvió a la cabecera del lecho con el propósito de cerrarle los ojos a Adams, al que juzgaba difunto. Entonces el Dr. Ormsby dice: "Cuando llegué a la cabecera de la cama el supuesto difunto me miró de pronto a la cara y dijo: Doctor; ¿qué día es? Yo le dije el día que era y entonces él contestó: Ese es el día que morí. Su padre se había precipitado al lecho y volviendo hacia él los ojos le dijo Adams: Padre, nuestros muchachos han tomado el Fuerte Enrique y Carlitos (su hermano) no está herido. He visto a madre, a los niños y todos están bien."

Luego dio amplias instrucciones acerca de su funeral, llamando "mi cuerpo" a su cadáver, y ocupando en ello, creo yo, unos cinco minutos. Después se volvió hacia mí y dijo de nuevo: "Doctor, ¿qué día es?", y yo le contesté lo mismo que antes. Él volvió a repetir: "Ese es el día que morí", e instantáneamente quedó muerto. Las notas de su voz eran completas y distintas y tan fuertes que podían oírse fácilmente en la habitación continua, como fueron oídas por la Sra. Ormsby.

Dr. O.B. Ormsby

En respuesta a ulteriores preguntas el Dr. Ormsby escribió que él no tuvo ocasión de saber si lo que fue dicho acerca de la madre y los niños era exacto. Pero supo después que el Fuerte Enrique había sido tomado y que el

hermano se encontraba ileso.

CAPÍTULO V

Música oída en el momento de la muerte por el moribundo o por las personas presentes

Entre los numerosos casos en que se oye música en el momento de la muerte, copiamos del libro Phantasms of the Living (vol. 11, pág. 639) el siguiente incidente atestiguado por distintos observadores:

Un maestro del Colegio de Eton, el Sr. L., escribió al Sr. Gurney, en febrero de 1884, adjuntándole unas notas que habían sido escritas poco después de la muerte de su madre, que ocurrió en 1881.

Parece ser que al morir ésta se hallaban presentes en la habitación varias personas, a saber: la directora del establecimiento del Sr. L. (la Srta. H.), mujer experimentada, de edad madura; el médico de cabecera (Dr. G.), una amiga de la moribunda (la Srta. I.), y otras dos personas (Elisa W. y Carlota C.).

Inmediatamente después de morir la Sra. L., la Srta. H. y Carlota C. salieron de la habitación para ir a buscar algo, y apenas habían salido, cuando la Srta. I. oyó el sonido de "una música débil y suave, sumamente dulce, como producida por la voz de tres niñas". Parecía llegar de la calle y luego se extinguió. El Dr. G. también la oyó y se acercó a la ventana para mirar al exterior. En la calle no se veía a nadie. Elisa W., que se encontraba en la habitación, también oyó un rumor como el de "un cántico muy débil y dulce". Por su parte el Sr. L., que es quien envía las notas, no oyó nada. Las

otras dos que habían salido de la habitación, la Srta. H. y Carlota C., oyeron distintamente cantar cuando subían las escaleras.

Posteriormente, cuando los presentes hablaron sobre esta cuestión, vieron que todos ellos habían oído el rumor de cánticos y música, excepto el Sr. L.

Merece especial mención el hecho de que la escalera por donde subieron la Srta. H. y Carlota

C. se encontraba en la parte posterior de la casa y lejos de la calle. La muerte de la Sra. L. acaeció a las dos de la madrugada del 28 de julio de 1881.

En respuesta a varias preguntas, la Srta. L. envió las siguientes notas, que escribió inmediatamente después de la muerte de su amiga, la Sra. L. Dicen así:

28 de julio de 1881 Justamente después de que murió la Sra. L., entre las dos y las tres de la madrugada, oí una dulcísima y singular melodía por fuera de las ventanas que se extinguió después de pasar por delante de la casa. Todos los que se hallaban presentes (excepto el Sr. L.) la oyeron, y el médico, que se encontraba todavía con nosotros, se dirigió a la ventana y miró al exterior, pero no había nadie. Hacía una noche hermosa y clara. Era como si varias voces cantaran con perfecta armonía una melodía dulcísima que se extinguía a lo lejos. Dos personas habían salido de la habitación a buscar algo, y cuando subían las escaleras situadas en la parte posterior de la casa oyeron los cánticos y se pararon diciendo: "¿Qué será ese cantar?" Corno es natural, ellas no podían oír ningún sonido procedente del exterior de la fachada de la casa, pues se encontraban a sus

espaldas.

El Dr. G., que asistió a la Sra. L., escribe al Sr. Gurney en 1884 como sigue:

Eton, Windsor Recuerdo el caso perfectamente. Se me mandó llamar a media noche y permanecí con la Sra.

L. hasta que murió hacia las dos y media de la madrugada. Poco después oímos unas cuantas notas de una música maravillosa no muy distinta a la de un arpa eolia y que llenó el ambiente durante unos segundos. Yo me dirigí a la ventana y miré al exterior, creyendo que debía haber alguien afuera. Pero no pude ver a nadie aunque se veía perfectamente.

Hecho extraño, las personas que se hallaban fuera de la habitación oyeron los mismos sonidos cuando subían unas escaleras situadas al lado opuesto de la fachada.

El Sr. Gurney añade una nota diciendo que, puesto que el Sr. L., aunque se halló presente a la muerte de su madre, no compartió lo experimentado por los demás, es evidente que los sonidos no procedían de ninguna persona que cantara fuera de la casa, hecho que confirma la prueba ya mencionada.

Hay, sin embargo, muchos casos en los que las personas moribundas, o quienes les rodeaban, han oído sonidos musicales que no podían atribuirse a ninguna fuente terrenal. Estos sonidos pueden tener su origen, por lo menos en algunos casos, en la mente de los vivos.

El siguiente caso parece indicar un origen alucinatorio de la música oída. Es un caso interesante y vale la pena de

transcribirlo en forma abreviada. Se ha publicado en el Boletín de la S.P.R., vol. IV, pág. 181.

Aquí se trataba de un sordomudo llamado John Britton, que cayó gravemente enfermo de reumatismo, lo que fue causa de que se le hincharan de tal modo las manos y los dedos -que eran sus únicos medios de conversación- que no podía utilizarlos, con gran aflicción de sus parientes, a los que no podía hacer saber sus necesidades ni sus sufrimientos.

El narrador, el Sr. S. Allen, mayordomo del Colegio Haileybury y cuñado de John Britton, dice que creyendo el doctor que John no podría restablecerse habían mandado llamar a los miembros de su familia. Añade que cuando él y su esposa se hallaban en una habitación situada debajo de la alcoba de John se quedaron sumamente sorprendidos al oír música procedente de las escaleras y subieron corriendo para ver de qué se trataba. He aquí su relato: Encontramos a Jack tendido de espaldas con los ojos fijos en el techo y el semblante iluminado por la más esplendorosa de las sonrisas. Pasado un rato, Jack se despertó y empleó las palabras "cielo" y "hermoso", expresándolas como pudo por medio de los labios y su expresión facial. Al recobrarse más nos dijo también del mismo modo que su hermano Tom y su hermana Harriet venían a verle. Esto nos pareció a nosotros muy improbable, pues éstos vivían a cierta distancia de allí, pero poco después llegó un coche del que descendieron los dos. No habían mandado ningún aviso de su llegada ni había ninguna otra persona.

Cuando Jack se reanimó en parte y pudo escribir o conversar con los dedos, nos dijo que se le había permitido

ver el cielo y oír la música más bella.

El Sr. Allen pregunta: "¿Cómo pudo saber John que Tom y Harriet estaban en camino y cómo pudo oír los sonidos musicales que oímos también nosotros?"

Destaca que la música no podía proceder de la puerta contigua ni de la calle, y da un tosco plano de la casa para demostrar que se encontraba aislada y que los sonidos no pudieron producirse por ninguna causa normal.

La Sra. Allen confirma las manifestaciones de su marido. Dice que ella oyó los sonidos musicales que procedían de la alcoba de su hermano, y que cuando entró en ella, éste se encontraba en estado comatoso y sonreía, y sus labios se movían como si conversara con alguien, aunque no salía de ellos ningún sonido.

La Sra. Allen continúa: "Cuando se recobró lo suficiente para poder emplear las manos me dio más detalles de lo que había visto y usó las palabras bella música." La Sra. Allen añade que su hermano murió unos años después y dice: "La enfermera y yo estábamos velando en la habitación. Mi hermano tenía el mismo aspecto que en la otra ocasión y pronunció muy distinta y articuladamente las palabras ángeles y mansión."

El Rev. L.S. Milford, maestro del Colegio Haileybury, al relatar la entrevista que tuvo con el Sr. y la Sra. Allen manifiesta lo siguiente: "La Sra. Allen dice que los sonidos que ella oyó eran como cantares -de música dulce, pero sin palabras perceptibles-y que subió las escalera, en cuanto oyó esta música, que no cesó hasta que llegó al dormitorio. La impresión del Sr. Allen fue que el sonido se parecía a las

notas de un órgano o de un arpa eolia."

En el interesante caso siguiente se trata de una persona moribunda que oyó un sonido musical y tuvo también una visión de una señora cuya muerte ignoraba. Este caso está tomado de los Proceedings de la S.P.R. de 1885, vol. 111, págs. 92-93 (también en Human Personality, vol. 11, pág. 339), y su relato, algo abreviado, es el siguiente:

La Sra. Z., esposa del coronel Z. (conocido caballero irlandés que no desea que se publique su nombre), iba a alojar en su casa a algunos amigos y pidió a la Srta. X, que se estaba preparando para cantante profesional, que pasara una semana con ella y le ayudara a distraer a sus invitados, cosa que ésta hizo. Varios años después la Sra. Z. se puso muy enferma y vio que se moría. No obstante, guardó una perfecta compostura y conservó la plena posesión de sus facultades mentales, mostrando deseos de dejar arreglados algunos asuntos.

A este fin su marido se hallaba un día a su cabecera hablando con ella sobre esos asuntos, cuando de pronto la Sra. Z. cambió la conversación y le dijo a su marido: "¿No oyes esas voces que cantan?" El coronel Z., que relata este incidente, le contestó que no, y ella prosiguió: "Yo las he oído hoy varias veces y estoy segura de que son los ángeles que me saludan en el cielo, pero -añadió- es extraño, hay entre ellas una que estoy segura de conocerla, aunque no puedo recordar de quién es esa voz."

De súbito se calló y señalando por encima de la cabeza de su marido, dijo: "¡Oh! Allí está, en el rincón del cuarto; es Julia X. Viene hacia aquí, se inclina sobre ti, tiene las manos

levantadas, está rezando. Mira. Ya se va." Su marido miró en derredor, pero no vio nada. Entonces su esposa dijo: "Ya se ha ido."

En aquel momento el coronel creyó que aquellas cosas eran meras alucinaciones de moribundo. Pero dos días después, al coger el Times, vio la noticia de la muerte de Julia, que se había casado algunos años antes con el Sr. Webley. Se quedó tan estupefacto que uno o dos días después de los funerales de su esposa fue a ver al padre de Julia y le preguntó si era verdad que se había muerto su hija. "Sí -repuso el padre-. Murió de fiebre puerperal y el día en que murió se puso a cantar. Cantó incesantemente hasta que murió."

En un comunicado ulterior del coronel Z se revelan los siguientes hechos:

La Sra. Webley (nacida Julia X.) murió el 2 de febrero de 1874.

La Sra. Z. (esposa del coronel Z.) murió el 13 de febrero de 1874.

El coronel Z. vio la noticia de la muerte de la Sra. Webley el 14 de febrero de 1874.

La Sra. Z. nunca estuvo sujeta a alucinaciones de ningún género.

Posteriormente el Sr. Gurney recibió una nota del Sr. Webley (el marido de Julia) en la que manifestaba que aun siendo bella como lo era, la voz de su esposa nunca había sido tan exquisita como cuando cantó poco antes de morir.

John Bunyan relata un incidente de esta índole que merece citarse, aun cuando su valor demostrativo no es muy grande. Dice así:

Ya que hablamos de la agonía de los cristianos, os contaré la historia de uno que murió hace algún tiempo en nuestra ciudad. Este hombre era un piadoso puritano, pues así se llamaba en el pasado a los hombres píos. Tras una larga y piadosa vida, este hombre cayó enfermo, de resultas de cuya enfermedad murió. Y cuando yacía en su lecho de muerte, la mujer que le cuidaba creyó oír una música más dulce que cuanto había oído en su vida, música que continuó hasta que él entregó el espíritu. Pero cuando su alma partió, la música pareció retroceder y alejarse cada vez más de la casa y se siguió alejando hasta que ya no pudo oírse. (Véanse las obras de Bunyan, editadas por George Offor, vol. 111, págs. 653 y 654. Glasgow, 1855.)

CAPÍTULO VI

Visiones del espíritu de un moribundo al abandonar el cuerpo

El siguiente caso, que está tomado del Boletín de la S.P.R. (vol. XIII, págs. 308-311), fue enviado al Dr. Hodgson por el Dr. Burgers, miembro de la S.P.R. norteamericana. La visión en cuestión sólo fue vista por el marido de la mujer moribunda y no la vio ninguno de los demás presentes. El Dr. Renz, que se hallaba presente, atestigua que el perceptor, el Sr. G., "se encontraba en un estado absolutamente normal antes y después, y que había rasgos en la visión que no era probable que pudieran habérsele ocurrido a él."

El sensitivo, el Sr. G., manifiesta lo siguiente:

Mi esposa murió a las doce menos cuarto del viernes 23 de mayo de 1902. Reunidos en torno a su lecho se hallaban algunos de nuestros más íntimos amigos, el médico de cabe cera y dos enfermeras expertas. Yo me hallaba sentado a la cabecera teniendo agarrada la mano de mi esposa... Al anochecer, hacia las siete menos cuarto, se me ocurrió mirar hacia la puerta y vi flotar, a través del umbral, tres nubes separadas y distintas en estratos. Cada nube parecía tener unos cuatro pies de longitud y de seis a ocho pulgadas de ancho, hallándose la más baja a unos dos pies del suelo y las otras separadas por intervalos de unas seis pulgadas... Estas nubes se aproximaron lentamente al lecho hasta que lo envolvieron por completo. Luego, mirando a través de la neblina, descubrí en pie, ante la cabeza de mi moribunda esposa, una figura de mujer de unos tres pies de altura, transparente, pero como el fulgor del oro más brillante. Una figura de aspecto tan glorioso, que no hay palabras adecuadas para describirla. Estaba vestida al estilo griego, con mangas largas, holgadas y ondulantes. Llevaba en la cabeza una corona reluciente. En todo su esplendor y su belleza, permaneció la figura inmóvil, con las manos alzadas sobre mi esposa, como si la acogiera con plácido y alegre continente, con un aire digno de sosiego y de paz. Dos figuras blancas se arrodillaron a los lados de mi esposa inclinándose al parecer hacia ella. Otras figuras vagaban en torno al lecho más o menos distintas.

Por encima de mi esposa y ligada por un hilo que partía de su frente sobre el ojo izquierdo, flotaba, en posición horizontal, una figura blanca y desnuda, que era evidentemente su "cuerpo astral". Unas veces la figura

suspendida yacía absolutamente inmóvil; otras se reducía de tamaño hasta no alcanzar más de unas dieciocho pulgadas, pero siempre se veía perfecta y distintamente...

Durante las cinco horas que precedieron a la muerte de mi esposa, esta visión, o como quiera llamársele, se ofreció continuamente a mi vista. Durante esas cinco horas experimenté una extraña sensación de opresión y de peso en la cabeza y en los miembros...

Por último, llegó el momento fatal. Con un estertor, mientras la figura astral se debatía, mi esposa dejó de respirar. Aparentemente había muerto, pero, sin embargo, unos minutos después volvió a respirar por dos veces y después todo terminó. Con su último aliento y su último estertor, al abandonar el alma el cuerpo, el hilo se rompió de súbito y la figura astral se desvaneció. Las nubes y las formas de los espíritus desaparecieron instantáneamente, y, cosa extraña, toda la opresión que pesaba sobre mí se disipó.

Yo volví a ser el mismo, frío, sereno y reflexivo, capaz de dirigir, desde que sobrevino la muerte, la disposición del cadáver y su preparación para el lugar del reposo eterno.

Dejo a mis lectores el cuidado de determinar si me encontraba bajo el influjo de una alucinación mental motivada por la ansiedad, la pesadumbre y la fatiga o si se permitió a mis ojos mortales tener un vislumbre de un mundo de belleza, de felicidad, de calma y de paz.

El doctor que se halló presente escribe en la siguiente forma:

Por mis propias observaciones puedo desechar, con toda seguridad, la posibilidad de un agudo estado de demencia alucinatoria durante el tiempo que duró la visión descrita... Yo conocía bien al Sr. G. y he tenido ocasión de averiguar que nunca ha leído nada acerca del ocultismo. Todo lo que no era un hecho probado era incompatible con su espíritu positivo, hasta tal punto, que durante su visión (de la que yo me enteré a la sazón), me preguntó frecuentemente si no me parecía que iba a volverse loco...

En cuando murió la Sra. G., el Sr. G., que llevaba seis horas sentado casi inmóvil junto a ella, se levantó y dio todas las órdenes de un modo tan tranquilo y positivo que sorprendió a todos los presentes. Si hubiera sido víctima de una alucinación, su espíritu no hubiese vuelto en sí con tanta rapidez como lo hizo. Ahora han transcurrido dos semanas y media desde que aconteció la muerte y la visión. El Sr. G. goza de absoluta normalidad, tanto física como mentalmente. Ha atendido a sus asuntos como de costumbre, y, además, ha realizado muchas ocupaciones extraordinarias.

C. Renz

Se han registrado muchos casos auténticos en los que los parientes de una persona, al hallarse atendiéndola junto al lecho de muerte, han visto elevarse del cuerpo del difunto, al producirse la muerte, una forma nebulosa que vagaba un momento en la habitación y luego desaparecía.

Lady Mount Temple me ha informado de que algo de este género fue observado por un amigo psíquico suyo que se halló presente a la muerte de lord Mount Temple. Los demás presentes no lo vieron.

En una carta que he recibido recientemente de un conocido dignatario de la Iglesia (un deán) de Nueva Gales del Sur, éste me describe la muerte de su hijo, acaecida hace unos cuantos años.

Dice que sobre las tres y media de la tarde, él y su esposa se hallaban de pie a ambos lados del lecho inclinados sobre su hijo moribundo, cuando en el mismo momento en que dejó de respirar, ambos vieron que "de su cara se elevaba algo como un velo o neblina delicada que se disipó lentamente." Y añade: "Esto nos impresionó profundamente y dijimos: ¡Qué maravilloso! Sin duda que será la partida de su espíritu." No nos encontrábamos nada aturdidos para que pudiéramos engañarnos en lo que veíamos.

Los siguientes casos los refiere la Sra. Joy Snell en su libro The Ministry of Angels.

Seis meses después de que empezara a trabajar en el hospital, fue cuando se me reveló que, a menudo, los moribundos ven realmente a los que vienen de los dominios de la vida del espíritu para recibirlos a la entrada en otro estado de existencia.

La primera vez que yo recibí esta prueba ocular fue cuando murió Laura Stirman, dulce joven de diecisiete años, que era amiga personal mía. Esta joven padecía consunción. No sufría dolores, pero el cansancio que origina la extrema debilidad pesaba sobre ella y la hacía anhelar el reposo. Poco antes de que expirara, me di cuenta de que las formas de dos espíritus se alzaban a ambos lados de su lecho. Yo no los vi entrar en la habitación. Cuando los vi se alzaban a los lados de la cama, pero los veía tan nítidamente como a

cualquiera de los que ocupaban la habitación. Yo reconocí en ellos las caras de dos jóvenes que habían sido íntimas amigas de la muchacha que estaba agonizando. Habían fallecido un año antes, y entonces vendrían a tener la misma edad que ésta.

Justamente antes de que aparecieran, la muchacha moribunda exclamó: "Ha oscurecido de pronto. ¡No veo nada!" Pero inmediatamente las reconoció. Una bella sonrisa iluminó su semblante. Extendió las manos y con voz gozosa exclamó: "¡Oh, habéis venido a llevarme! Me alegro mucho, pues estoy muy cansada."

Al extender ella sus manos, cada uno de los dos ángeles le tendió la suya, cogiendo uno la mano derecha de la moribunda y el otro la izquierda. Sus semblantes estaban iluminados por una sonrisa todavía más radiantemente bella que la de la muchacha, que pronto iba a encontrar el reposo que deseaba. Ya no volvió a hablar, pero durante cerca de un minuto tuvo las manos extendidas y sujetas por las de los dos ángeles, y siguió contemplándolos con un alegre fulgor en sus ojos y la sonrisa en su semblante.

Su padre, su madre y su hermano, a los que se había avisado para que se hallaran presentes cuando llegara el fin, empezaron a llorar amargamente, pues sabían que la moribunda les dejaba. Del fondo de mi corazón brotó una plegaria para que ellos pudieran ver lo que veía yo, pero no lo vieron.

Los ángeles parecieron soltar las manos de la muchacha, que entonces se desplomó en el lecho. Un suspiro brotó de sus labios, como puede darlo quien se

entrega alegremente a un sueño muy necesitado, y un momento después estaba lo que el mundo terreno llama muerta. Pero aquella dulce sonrisa con que había reconocido primeramente a los ángeles se hallaba estampada todavía en sus facciones.

Los dos ángeles permanecieron junto a la cabecera durante el breve espacio que transcurrió antes de que el espíritu adquiriera forma sobre el cuerpo en que había cesado la vida física. Luego se alzaron y permanecieron unos momentos a ambos lados de ella, que era ahora semejante a ellos, y después tres ángeles salieron de la habitación donde poco tiempo antes sólo había habido dos.

Un mes después de la muerte de Laura Stirman, que acabo de relatar, murió en el hospital otro amigo mío, el Sr. Campbell, de cuarenta y cinco años de edad. Éste falleció de pulmonía. Era un hombre bueno y devoto, y la muerte no le causaba ningún temor, pues estaba seguro de que no era más que un tránsito hacia una vida más feliz, más excelsa que la que puede vivirse aquí. El único pesar que le causaba la muerte era el tener que abandonar a su querida esposa, pero este pesar era mitigado por la certeza de que su separación sólo sería transitoria, y que ella se le uniría algún día en aquel otro mundo al que él iba ahora.

La esposa se encontraba sentada junto al lecho, y teniendo la misma fe que él aguardaba el fin con resignación. Una hora antes de morir él la llamó por su nombre, y señalando hacia lo alto, dijo: "¡Mira, L., allí está B.! Me está aguardando. Y ahora sonríe y me tiende las manos. ¿No lo ves?" "No, querido, no lo veo -repuso ella-, pero sé que está allí porque tú le ves."

B. era su único hijo, que había fallecido un año antes, cuando tenía cinco o seis años de edad. Yo vi perfectamente al angelito, de rubios cabellos rizados y ojos azules, y ataviado con lo que yo llamo la túnica de los espíritus. Tenía la cara de un niño agraciado, pero etérea y radiante como nunca pueden serlo las caras terrenales.

El padre había quedado muy debilitado por los estragos de su enfermedad. La gozosa emoción ocasionada por la visión de su hijo pareció agotar la poca vitalidad que le quedaba.

Cerró los ojos y se sumió en un plácido sueño. En este estado permaneció una hora, y mientras tanto el niño estuvo posado en el lecho con una expresión de alegre expectación en su semblante. De vez en cuando miraba amorosamente a su madre.

La respiración del moribundo se fue debilitando, hasta que cesó por completo. Entonces volví a presenciar lo que ya se había convertido para mí en un espectáculo familiar: la formación del cuerpo del espíritu sobre el desechado cuerpo terrenal. Cuando estuvo completo, el ángel niño cogió la mano del ya ángel padre, se miraron a los ojos con la expresión del más tierno afecto, y con el semblante resplandeciente de gozo y felicidad se desvanecieron.

Momentos después la viuda (la Sra. Campbell) me dijo: "Me alegro mucho de que mi querido esposo viera a B. antes de morir. Era natural que B. viniera a buscarle para llevarle con los ángeles, pues se querían tiernamente. Ahora siempre pensaré que están juntos y son felices. Y cuando a mí me llegue la hora, sé que vendrán a buscarme.

Después que dejé el hospital y me dediqué a enfermera particular, fui contratada para atender a una señora anciana (la Sra. Barton, de sesenta años de edad) que padecía una dolorosa enfermedad interna. Era viuda, y su única hija vivía con ella... Llegó el momento en que se aproximaba el fin. La madre llevaba un rato sin conocimiento, y la hija estaba arrodillada junto al lecho sollozando con la cara hundida en sus manos. De pronto vi dos ángeles que se alzaban a ambos lados del lecho. El rostro de uno de ellos era el de un hombre que al abandonar esta vida representaría unos setenta años de edad. Tenía la barba y el cabello de color gris, pero en sus facciones estaba grabado ese algo indescriptible, indicio de la vitalidad y el vigor exuberantes que resplandece en los rostros de todos los ángeles que yo he visto, ofrezcan en otros respectos el aspecto de la juventud o el de la ancianidad. El semblante del otro ángel era el de una mujer que aparentaba unos diez o quince años menos.

La moribunda abrió los ojos y, entonces, resplandeció en ellos ese fulgor de alegre reconocimiento que tan a menudo he observado yo en aquellos cuyos espíritus están a punto de abandonar para siempre su morada terrenal. La anciana extendió las dos manos. Un ángel le cogió una mano y el otro la otra, en tanto que en sus rostros radiantes resplandecía el gozo de recibir en un mundo mejor a aquella cuya peregrinación terrenal había terminado.

"¡Oh, Willie! -exclamó ella-. Al fin has venido a buscarme para llevarme a casa, y me alegro mucho, pues mis sufrimientos han sido duros de soportar y estoy muy fatiga da." Luego añadió: "¡Y tú también, Marta!" Con un gozoso fulgor en sus ojos tuvo las manos tendidas durante cosa de

medio minuto. Luego parecieron desprenderse de la presa de los ángeles. Todos sus sufrimientos habían terminado.

La hija había alzado la cabeza al oír la voz de su madre, y sus ojos bañados en lágrimas parecieron reflejar algo de la alegre sorpresa que se pintaba en el rostro de su madre. "No puedo dudarlo -me dijo cuando su madre lanzó el último suspiro-. Sé que mi madre ha visto a mi padre y a su hermana, la tía Marta. Sé que han venido a llevársela para que descanse en el cielo."

Cuando algo más tarde le dije yo cómo había visto a dos ángeles partir con el espíritu de su madre, ella me escuchó con ansiedad y exclamó: "¡Lo creo! ¡Lo creo! Pero, ¡cuánto hubiera querido verlo yo también!"

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo
Libro **Qué es el Espiritismo**

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:
info@cursoespirita.com